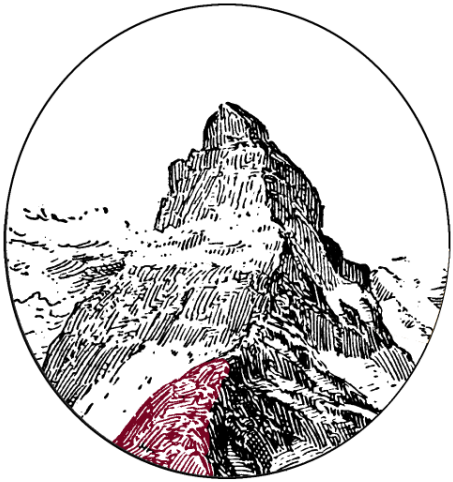
Por herencia las montañas



Por herencia las montañas

—

Víctor Olaya

2023

Por herencia las montañas.
Víctor Olaya.

Copyright ©Víctor Olaya, 2023.

Si tuviera un hijo, le dejaría por herencia las montañas.
—Paloma Pastor Vázquez

[...]y esta tierra se la daré como su herencia perpetua
a tu futura descendencia.
—Génesis 48:4

Por herencia las montañas

Solo le conocí a mi padre un ritual. Lo oficiaba aquí, en estas montañas, con la devoción que uno concede a los hábitos que sabe sin demasiado sentido. Venía a recorrer esta sierra y, al llegar al collado que da entrada a las cimas más imponentes, caminaba el último centenar de metros con la cabeza baja y mirando al suelo, como si tratara de encontrar allá entre las piedras algo que hubiera perdido. Luego se detenía en lo alto, en el lugar en el que, aun sin verla, sabía ya ante sí toda la grandiosidad de la montaña. Y entonces, alzaba de repente la mirada.

Sostenía mi padre que no había vista montañera más hermosa que la que se columbraba desde aquel collado; que la visión de esos picos y cuchillares, a veces con su pincelada de nieve en lo alto, era la estampa más alpina y más perfecta de cuantas conocía. Y que, siendo de este modo, no se merecía el ir apareciendo poco a poco ante los ojos, sino así, violenta-

mente, soliviantando el sentir de uno con aquel desborde de belleza repentina.

Como todo rito, aquel suyo se enriquecía si era compartido, si devenía culto, y parte de su encanto estaba en iniciar a otros en esa costumbre. Siempre quiso que yo participara de ella. Cada vez que hacíamos juntos ese camino, me repetía su mecánica como si fuera mi primera vez. Me avisaba del lugar exacto en el que desviar la mirada hacia el suelo para no arriesgarme a atisbar cima ninguna hasta el momento exacto, me indicaba dónde parar aun si era evidente intuirlo o simplemente saber que él se había detenido. Y después de haber observado durante unos segundos aquel panorama que tanto reputaba, se giraba hacia mí y pronunciaba siempre la misma frase:

—Es espectacular, ¿verdad?

Yo le daba la razón y seguíamos camino.

Lo que no llegó a saber, quizás ni siquiera lo sospechara, es que yo nunca hice caso de sus indicaciones. La vista, tan hermosa como él contaba, aún hoy no la conozco sino de la manera vulgar de tantos otros, como un descubrimiento progresivo que va anunciándose sin prisa allá en el horizonte. Nada de esa imagen impactante, inmediata, que él quiso presentarme. En aquella ceremonia de mi padre, yo no llegué a ser más que un mero acompañante.

De niño, porque me faltaba la madurez necesaria y solo veía en ello una extravagancia por su parte. Le seguía el juego, hacía un teatro muy pobre para que él creyera que

aquello me interesaba y no decepcionarle, pero no acertaba a encontrarle sentido. Era incapaz de mantener la cabeza gacha sin distraerme en otros asuntos, e incluso sentía algo de vergüenza al pensar que alguien pudiera verme caminar de esa manera y no acertara a explicarse la razón.

Más adelante, cuando tuve ya la madurez y la sensibilidad necesarias, porque descubrí que, junto al supuesto espectáculo que allí debía contemplarse, había otro mucho más valioso: mirarle a él. Así que yo disimulaba, repetía las mismas mentiras, impostaba mi fascinación y mi interés, y cuando sabía que él iba a alzar la vista hacia las montañas y concentrarse en ellas, aprovechaba para observar sus gestos, los cambios en su semblante, el efecto beatífico que ese paisaje tenía en su ánimo. Y allí, en su cara, encontraba yo el esplendor de mis montañas. En la sonrisa ligera que esbozaba estaban mis riscos, mis escarpes; en el brillo de sus ojos, todas las luces de la roca, la nieve y el hielo; en la tranquilidad que ocupaba su rostro en esos pocos segundos, la enormidad de cordilleras y cimas distantes.

Nunca lo vi tan satisfecho, tan convencido de la vida misma.

* * *

Ahora también estoy mirando su rostro, pero tiene los ojos cerrados. Es la primera vez que lo veo desde que llegó al hospital. Está en coma. El médico ha hecho una excepción

para que hoy no sea mi madre la única que pueda entrar a verlo. Morirá en este mismo lugar dentro de diez días.

Lo estoy mirando, decía. Siento pena, porque la imagen es dura, violenta. Ahí están las cicatrices, el rictus inerte, las cuencas de los ojos amoratadas. No soy consciente de ello, pero lo observo como algo impersonal, como si se tratara de un desconocido. Creo que me desconsuela la visión por ser mi padre quien está ahí tumbado, pero no es cierto. En realidad no tengo consciencia de a quién observo, me perturba lo dramático de su aspecto, solo eso.

De pronto me doy cuenta de que es él, de que le estoy mirando a él, mirando su cara, sus gestos, su misma piel, y de inmediato lo asocio con otras formas suyas que he conocido, más amables: la cara que me miraba con ilusión cuando yo entraba en meta en esas carreras que corría de niño; la del gesto orgulloso cuando contaba cómo su abuelo escapó de la muerte dos veces durante la guerra; la que traía una mueca quebrada y los ojos con lágrimas cuando supo que su mejor amigo acababa de morir y vino a mi cuarto a decírmelo; la que lloraba de felicidad el día que mi hermana anunció que por fin estaba embarazada; la que mostraba decepción y enfado cuando aquel día me llevó lleno de ilusión a montar en bicicleta y a mitad del recorrido le dije que me aburría; la que, media hora más tarde, después de haber pedaleado en silencio, se paró a pedirme perdón con el gesto más dulce que nunca le había visto, y mientras lo hacía me acariciaba la cabeza con la mano y yo sentía la caricia a pesar de llevar

el casco puesto. La que miraba aquellas montañas mientras yo le observaba con idéntica admiración que ahora.

Entonces ya no hay pena, entonces hay algo mucho peor, no es tristeza ni miedo ni amargura, sino más bien desidia, falta de voluntad para todo sentimiento, como si el dolor tan fuerte lo que causara fuera un deseo de abandono, de desligarse del sentir mismo.

Me quedo así hasta que llega el momento de irme, estático, casi aburrido. Son solo unos minutos, pero me doy cuenta de que me han sobrado la mayoría de ellos. Cuando salgo, olvido de inmediato esa cara, como si hubiera sido la de un desconocido y me hubiera fijado solo en las heridas, en las hinchazones, pero no en las facciones, y ya no fuera capaz de reconocerlo.

Me acuerdo de su gesto frente a esas montañas.

—Es espectacular, ¿verdad? —me digo a mí mismo, como por intentar oír su voz una vez más.

* * *

No hay manera más eficaz de superar el duelo que usurpando el papel del ausente. El primer aprendizaje de la ausencia: añorar a alguien y reemplazarlo son actos inseparables.

En la mesa ahora dispuesta de manera distinta, me he sentado en la posición que mi padre solía ocupar. He conducido su coche, he usado su juego de llaves para abrir la puerta de casa. Me puse su reloj durante un tiempo y no miré la hora ni una sola vez, simplemente lo tuve allí, en mi brazo, como

si mi responsabilidad para con él fuera tan solo la de ser yo algo tangible, corpóreo, en donde acomodar lo que en otro tiempo habitó su cuerpo. He intentado cuidar a quienes habrían recibido sus cuidados si él estuviera vivo. Aún resuelvo en su nombre tramites y burocracias varias.

Pero si entran en juego las pasiones, dejar de sentirse como un impostor ya no resulta tan fácil. Por ejemplo, aquí en la montaña, en esta tan suya a la que ahora vengo. ¿Qué autoridad tengo para mirarla desde donde él la miraba? ¿Con qué permiso escribo sobre ella?

Morir es llevarse consigo el derecho a ciertas emociones. A nuestra marcha, el amor que entregamos convierte lo que entonces amamos en un territorio vedado para quienes todavía quedan.

* * *

Había otra idea que repetía a veces ante este paisaje. No de inmediato, no en el mismo instante en que retiraba la mirada del horizonte. Dejaba que se asentara la emoción y, unos minutos después, como si le viniera de pronto ese pensamiento con una cierta urgencia, comentaba que era allí, al pie de una de esas montañas, donde le gustaría que dejáramos sus cenizas llegado el momento.

Lo hacía saber también en otras circunstancias, lejos de este lugar, con una insistencia que resultaba casi infantil. Él, que no pareció preocuparse nunca por la muerte, que se decía enemigo de cualquier clase de fasto funerario, tenía

sin embargo ese pequeño deseo. Y no perdía la ocasión de repetirlo cuando sabía que le escuchábamos.

Así que aquí estoy, ante esas mismas montañas, sobre ese mismo collado suyo, dispuesto a cumplir su voluntad como si sirviera de algo.

Tampoco esta vez he seguido su rito, claro que no. Qué sentido tendría. He ido viendo las montañas aparecer y me he quedado observándolas sin más, recorriendo con la mirada el paisaje y deteniéndome luego en aquella que él había elegido, ahora más notoria que de costumbre, como con una morbosidad extraña.

Supongo que así es como los montañeros miran a las montañas que persiguen cuando estas se les aparecen en la distancia. Así las miraría mi padre: con admiración, con entusiasmo, con hambre. Yo, solo con rabia.

* * *

Qué arriesgado parece todo. Qué incapaz uno, qué separado de los territorios para los que fue hecho. Vértigo, vértigo, vértigo.

No hablo de estas montañas, de conquistarlas, de lo que él venía a hacer en ellas, sino del existir mismo. Qué frágil parece la propia verdad cuando se viene aquí y se observa de esta manera, ya sin su compañía.

Él diría lo contrario, que aquí la vida le pareció siempre firme. Nunca se supo ajeno entre estas rocas. Pero entendería que a mí me resulte hoy inhóspito este rincón del mundo.

Amenazante, enemigo. Recordatorio de la nada que somos, igual que se lo recordaría a él en tantas visitas a este mismo lugar. Solo que él sabía entenderlo de una manera que a mí me es imposible.

A eso venía a la montaña: a conocer su envergadura frente al mundo. Yo hoy he venido no más a despedirle.

* * *

«Volveréis a casa y entonces vendrá el dolor, cuando os rencontréis con sus huellas y su recuerdo». Eso nos decían. Lo velamos y lo despedimos muy lejos de su hogar y de nuestros rincones, y andábamos perdidos, tan sobrepasados por la muerte que no teníamos ni llanto. El duelo parecía no encontrar todavía una ocasión para arrancar. Pero volver no obró el cambió que todos vaticinaban, al menos no para mí. Empujó la melancolía, hizo brotar alguna lágrima, no más. Insuficiente.

Volvimos a un hogar lleno de símbolos, pero no todos los símbolos tienen la misma fuerza ni la misma capacidad de conjurar una ausencia.

Encontré esa última etapa del dolor en la montaña. No hoy, no aquí, sino en otras alturas lejos de estas. Montañas que no habíamos compartido, pero que aun así yo sabía que le pertenecían de manera distinta a la mía.

Encontré una representación suya más personal, más propia, a la que los demás éramos en parte ajenos, y en la que por ello lo reconocía con más claridad. La montaña no era una

imagen ni un recordatorio, sino una parte de su identidad. Y la verdad ajena la entendemos con más claridad sobre el fondo de aquello que no compartimos.

Allí terminé un tránsito y abrí un universo. Allí me sentí tan cerca de mi padre y a la vez tan solo. Le comprendí mejor que nunca y me pareció mayor la diferencia entre nosotros, y mayor también la imposibilidad ahora ya sin él de ir cerrando esa distancia.

«Volveréis a casa y entonces vendrá el dolor, cuando os rencontréis con sus huellas y su recuerdo», nos decían, y no se equivocaban. Me equivocaba yo al entender lo que significaba la casa en este contexto de su muerte.

* * *

Alguna vez me trajo hasta estas montañas cuando yo ni siquiera sabía hablar. Me llevaba a la espalda, en una versión primitiva de mochila porta-bebé que mi madre y él habían comprado en un viaje al extranjero. No lo recuerdo, pero me he visto en fotografías de esa manera, y aquella mochila siguió en casa años después.

Quizás me hablara ya entonces y me explicara las cimas, o me recitara los nombres de cada una de ellas mientras las señalaba con el dedo. Le gustaban los topónimos, los pronunciaba con un tono como reverencial. De la misma manera en la que mencionaba a esos viejos compañeros suyos de ascensión cuando hablaba de ellos.

Ahora soy yo quien le lleva a él a la espalda, también en una mochila.

Repetir con sus padres los cuidados que recibió de ellos, eso se supone que debe hacer un buen hijo. Aunque a veces más que ley de vida parezca una broma de mal gusto.

* * *

Venir a la montaña a exorcizar la muerte. Habrá quien piense que hay algo de ironía en este gesto. Pero allá donde la muerte parece encontrarse más cómoda, también el vivir se instala con mayor confianza; donde dialogamos de manera íntima con nuestro propio final, nutrimos nuestra existencia de vitalidad y amor por la vida.

Hablar de la muerte y la montaña es invocar siempre una cierta parte de violencia. No se concibe la unión de ambas si viene desprovista de trauma. En nuestro imaginario, tener miedo a la montaña es un paso previo a sentir amor por ella.

La muerte en la montaña son tragedias llenas de escenografía y dramas mayúsculos. Es un riesgo subestimado que desemboca en lo irreversible, un desliz mínimo que conduce al abismo, un rescate que no se concluye a tiempo. Es un cadáver desaparecido durante décadas entre la nieve y el hielo, es la fotografía icónica de un cuerpo quebrado colgando de una cuerda a unos pocos metros de su salvación.

Buscar la épica en la montaña implica dar a la muerte rango de epopeya. O eso, al menos, acostumbramos a pensar.

Pero esta relación también puede pensarse de la manera en la que lo hacía mi padre cuando enunciaba ese deseo suyo: la montaña como un lugar donde uno no llega a su desenlace, sino donde encuentra la única forma de hacer frente a este. Donde ser recordado de un modo más amable, donde hurtarle a la muerte un poco de protagonismo. Saber que no es ya allí donde va uno a encontrar su fin, pero ver en ese lugar una manera al menos simbólica de celebrar la vida después de ello.

Allá donde la muerte se antoja más cercana, también la inmortalidad resulta más asequible.

* * *

Por encima de la inmortalidad, que es la falta de un final, está la eternidad: la infinitud en que esa ausencia de límites sucede igual en el mañana que en el ayer, y que exige no solo la inexistencia de la muerte, sino también del nacimiento.

«A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires: / La juzgo tan eterna como el agua y el aire», escribía Borges.

Por eso las montañas no son solo inmortales, sino eternas: porque no cabe imaginar que desaparezcan antes que nosotros, pero sobre todo porque ya estaban allí cuando llegamos. Esa autoridad de cuanto nos antecede, ese misterio de lo que ya era cuando nosotros no éramos, es una magia mucho más poderosa que la de poder continuarse indefinidamente.

Por eso un padre es eterno aunque uno se vea obligado a verlo desaparecer, incluso aunque uno termine olvidándolo y

se pierda su recuerdo: porque existía antes que uno mismo y todo lo que hizo en tiempos anteriores parece un cuento, una ficción, una leyenda fundacional que hemos de aceptar como un dogma para poder creer en nuestra propia existencia.

* * *

Me gustaría saber si él pensó en esta clase de cosas. Quiero decir, si su pasión y su amor por la montaña venían de la mano de reflexiones sobre esos mismos sentimientos, de cavilaciones sobre el puñado de ideas fundamentales de la vida, que acaso entendía mejor cuando las observaba en el contexto más fértil de la montaña. Me gustaría saber si lugares como este le invitaban a la introspección, si tomó en ellos decisiones importantes, si se sentía más tentado de hacerse preguntas sobre su propia verdad. Quizás no, y daría lo mismo. Su vínculo con estos paisajes seguiría siendo igual de hermoso, igual de puro.

Tenía una pequeña colección de literatura de montaña de la que se sentía orgulloso, hecha de libros en su gran mayoría comprados por él, pero también algunos de mi madre, con quien compartió en otro tiempo esas inclinaciones. Intentó que yo me interesara por ellos, pero no tuvo éxito: mi querencia literaria siempre fue por un camino distinto. Cada cual daba forma a su biblioteca y rara vez curioseaba en la del otro.

De entre esos libros que atesoraba, uno al que tenía especial cariño: *Los tres últimos problemas de los Alpes*, de Anderl Heckmair. Lectura de sus años de juventud en la que era fácil ver que habían germinado buena parte de sus sueños de alpinista.

Aquel libro fue una de las raras excepciones a esa impermeabilidad entre sus lecturas y las mías, quizás porque él insistió más de lo habitual en que yo lo leyera, o porque lo

encontré más literario y consiguió cautivarme, no lo sé bien. No guardé mucho recuerdo de su lectura, pero sí el suficiente para poder dar réplica en alguna ocasión, acaso hacer un comentario cuando se hablaba de esos temas, y así lo hacía si es que él dejaba un contexto propicio para ello. Sabía que le gustaba verme ducho en esos asuntos, aun si en realidad no era más que un engaño y todo mi escaso conocimiento de la historia del alpinismo venía de aquel único libro. Pero a él le agradaba ver que yo había retenido piezas de esa historia, o que comprendía la importancia de esas ascensiones.

Lo he vuelto a leer ahora, años después, y si intento imaginarme la manera en que él lo leería entonces, es algo parecido a mirar esas montañas suyas: veo frente a mí el material con el que articulaba sus sueños. Con qué ilusión debió acercarse a estas narraciones en aquellos años, cómo debió soñar al leer sobre esas conquistas mientras intentaba levantar su propia genealogía de escalador en esas montañas cercanas.

Lo leo y es otra forma de observarle, de verle ante aquello que amaba. No conozco manera más profunda de recordar a alguien.

* * *

Heckmair:

«Algunos metros más lejos nos hallamos en presencia de los cadáveres de la segunda cordada, pero no nos impresionan demasiado porque están medio cubiertos por las piedras y la grava». (Página 27)

«De pronto vemos una mano fuera de la nieve…

Pálidos y helados por la impresión sufrida, permanecemos un momento sin voz, luego excavamos en la nieve. Un paquete de cuerda… debajo de ella… los cuerpos de nuestros amigos». (Página 35)

«De pronto resbaló y desapareció sin ruido en el abismo. Peters, petrificado por el horror, oyó los golpes sordos que iban disminuyendo. Luego el silencio mortal. Llamó con todas las fuerzas que le quedaban. No obtuvo respuesta…» (Página 46)

Las páginas que siguen están llenas de párrafos similares en los que la muerte es un personaje más, secundario pero constante, que aparece y actúa sin especial foco.

Mi padre, la muerte, la montaña. Sobre estas tres verdades construyo hoy mi duelo. Y este libro.

* * *

No soy el primero que pone en papel la identidad montañera de mi padre. Él mismo también lo intentó, aunque sin resultado: en su ordenador encontré un documento en el que había esbozado el arranque de unas memorias. Son tan solo tres páginas de apuntes erráticos, apenas el trabajo de una tarde en que le debieron venir algunas ideas y las dejó anotadas como un primer bosquejo. No pasó de ahí.

Lo cierto es que el texto es muy pobre. Por el poco trabajo que hay en él, pero también porque la escritura nunca fue algo en lo que mi padre tuviera ni interés ni talento. Si anotó

aquello fue con mero afán memorialístico, por jugar a ver su historia de una manera distinta, sin pretensiones. Tampoco creo que disfrutase del proceso, y quizás por ello abandonó la idea.

Aunque escasas, esas líneas hacen evidente que solo consideraba una manera de mirarse para escribir su historia: a través del prisma de la montaña. Era así como se veía a sí mismo, como un montañero por encima de cualquier otra consideración, sin importar lo que luego hubiera de narrar o los escenarios en los que lo hiciera. Lo anota en la primera de esas páginas, como a modo de advertencia: que aquel es el recuento de su pasión montañera, pero que en él uno no va a encontrar hazañas alpinas de ninguna clase. Y de esa suerte son el puñado de apuntes que siguen, que bien podrían ser el inicio de las memorias de cualquier otro, incluso de alguien que no hubiera puesto nunca pie en ninguna cima.

Así que eso es lo que yo vengo a contar aquí: a contarle a él a través de su pasión, acaso con la misma luz que él intentó poner sobre sí mismo. Vengo a arrebatarle el lugar, a decirle que se haga a un lado, que era él quien conocía las montañas, pero que la literatura es asunto mío y soy yo quien hace de cronista.

No escribo un libro sobre montañas. Yo no sé subir montañas. Ni siquiera sé mirarlas. Pero mi padre me enseñó cómo mirar a un montañero, y eso es lo que vengo a hacer.

ERA el final de la tarde y me llamó mi madre. Estaban de vacaciones, habían aterrizado esa misma mañana, así que pensé que lo hacía para ponerme al día de su viaje. En lugar de eso, me habló de mi padre, de un accidente, del miedo que tenía, de su propio futuro que sentía que se le escapaba en ese mismo instante. Mi hija supo leer la tragedia en el tono de mi respuesta y vino corriendo a abrazarse a mí. Así escuché el resto de detalles mientras los dos llorábamos.

Viajé para reunirme con mi madre. Creía que salía al rescate de mi padre, pero ahora sé que solo iba a rescatarla a ella, a estar a su lado mientras esperábamos el milagro de otro rescate en el que no podíamos participar, cercano pero inasequible para nosotros. Nuestra heroicidad estaba hecha únicamente de paciencia.

Esperamos y fue en vano. La impotencia y la desesperación son más fuertes que la pena; la devoran, la silencian. Eso aprendimos en ese tiempo.

Creí que iba a rescatar a mi padre, pero allí descubrí que mi cometido no era sino atestiguar su marcha.

* * *

Heckmair:

«A tres metros de distancia, los testigos de esta tragedia han seguido, profundamente emocionados, esta última lucha por la existencia».

* * *

Cuando la muerte viene de este modo, inesperada y sin dar tiempo a despedidas, a la vida le queda una inercia que representamos en cábalas y suposiciones. Prolongamos el tiempo de quién ya no lo tiene y le imaginamos en todo cuanto creemos que habría hecho, proyectamos su persona en circunstancias que ya no le pertenecen pero que sentimos que sí deberían ser suyas.

No lloramos la pérdida que nosotros mismos sufrimos, sino esa otra, todavía más injusta, que sufre aquel a quien perdemos: las oportunidades legítimas que le ha robado la muerte.

Convocar el recuerdo de mi padre equivale a lamentarse por el tiempo que no compartirá con sus nietos, a quienes

no verá crecer. Significa hacer recuento rápido de los viajes que guardaba en su lista de futuros destinos, ahora que tras la jubilación parecía tener especial deseo de ver mundo. Hablamos de él y pensamos en las horas que pasaba en su taller torneando piezas de madera, y en las creaciones que no saldrán ya de allí, en el desarrollo ya imposible que hubiera seguido esa artesanía que tanto amaba.

Sin embargo, nadie al recordarle habla de la montaña como una dedicación truncada. Nadie menciona las montañas que dejará de conocer, los paseos que no dará, los horizontes que no contemplará, las piedras en las que a mitad de camino no se sentará a beber de su vieja cantimplora, las noches que ya no dormirá en su saco bajo las estrellas poniendo sus botas a modo de almohada como acostumbraba a hacer. La montaña parece ser una pasión satisfecha en donde ya hizo suficiente, una ocupación que, al perderla, no pudiera causar frustración porque ya estaba en paz con lo que de ella había recibido.

No era así. Más bien al contrario. Porque tampoco nadie lamenta las conversaciones que dejará de tener conmigo o con mi hermana, las visitas que habríamos hecho para comer con él o simplemente echar la tarde, las noches que no podrá dormir junto a mi madre. Esa banalidad de lo íntimo hace que no perviva deseo ni ansia, pero al tiempo convierte esas verdades en las más fundamentales.

El sustento cardinal de nuestra vida es siempre algo que pasa desapercibido para quienes no nos conocen.

La montaña era en él una constante discreta, una idea que todo lo permeaba, pero de forma callada.

* * *

En aquellos años formó parte de un club de montaña por el que acabó profesando una pasión inmensa. Aunque nunca le oí decir que echaba de menos la escalada como tal, sí que manifestaba a veces, veladamente, una nostalgia por esa compañía, por ese sentimiento tribal que tenía con aquellos compañeros.

Guardaba en su escritorio unas insignias del club y las trataba con el orgullo de quien cree haber pertenecido a algo irrepetible. Era, puede decirse, un verdadero fanático de aquella pequeña comunidad de su pasado, sentía algo parecido a la devoción ciega de quienes militan en la hinchada de un equipo de fútbol. Y aunque hacía años que no sabía cómo eran los miembros actuales de ese club alpino o las actividades en las que se ocupaban, lo proclamaba todavía como el más auténtico de cuantos había, el de espíritu más montañero.

Bastaba hablarle de ello para que se arrancara a cantar sus virtudes. No narraba episodios, no contaba cómo habían subido a esta o aquella cima; tan solo hablaba de esa congregación suya y de lo que representaba. Yo lo mencionaba a veces tan solo por verle desplegar ese recuerdo. Le preguntaba por su viejo club como si me hubiera olvidado de su historia, y él mordía el anzuelo y me recitaba de nuevo la

misma letanía de bondades, me hablaba de la camaradería, de lo puro que era el sentimiento que tenían hacia la montaña, de aquel compañero al que todos admiraban, verdadero portento de la escalada, que nunca volvía de las paredes sin traer consigo algo de basura de los alrededores, porque sí, trepar con agilidad era una cosa, pero ser montañero no se trataba de superar cierto grado de dificultad con mayor o menos soltura, sino de aquello, de cuidar la montaña, de demostrarle cariño, y era en esos valores y no en la emoción de la verticalidad donde encontraban su vínculo común.

No lo decía mi padre de esta manera, pero yo estoy convencido de ello: la montaña la entendía a veces como un idioma, como la única manera de comunicarse entre ciertos semejantes.

Desde aquí ya se ve el refugio, allá abajo, al pie de las montañas.

A veces, si es que el tiempo nos parecía demasiado frío o húmedo para dormir al raso, hacíamos noche en él. Otras no necesitábamos excusa, mi padre lo sugería y a mí me convencía la idea. No era por comodidad, que pasar la noche bajo las estrellas siempre le gustó, sino porque le reconfortaba de vez en cuando sentirse parte de esa comunidad que hacen una docena de montañeros compartiendo techo.

Le gustaban los refugios de montaña, mucho. Como un hogar dentro de otro. Disfrutaba la cena que servían, sin importar si era deliciosa o mero rancho. Aunque era callado en el trato, en los refugios solía ser locuaz con quienes le atendían, preguntaba más que de costumbre, interrogaba acerca de la meteorología como si tuviera intención de salir de madrugada a alguna empresa venturosa. La timidez de

esos otros lugares se perdía y era aquí extrovertido, curioso, como necesitado de más intercambio.

Si alguien se sentaba a la mesa junto a nosotros, él iniciaba siempre una conversación.

Cuando llegaba la hora de dormir, no había nadie que respetara con más escrúpulo las normas y el silencio. Lo hacía todo con un cuidado exquisito, su civismo y su respeto para con esos otros montañeros era insuperable. En el refugio se comportaba con el celo propio de quien se sabe en un templo.

Este de aquí lo conoció antes de que tuviera su forma actual, cuando era poco más que una cabaña y las montañas de alrededor apenas las frecuentaba nadie. Entonces se pedía la llave en una casa del pueblo (me repitió muchas veces el nombre de la persona que la custodiaba, como con una especie de respeto por él, pero no soy capaz de recordarlo), se disponía del lugar en completa libertad, y a uno simplemente se le exigía dejar la estancia igual que la había encontrado. Todo eso había cambiado, pero para él seguía siendo un lugar parecido, regido por acuerdos y valores similares, y de ello venía esa forma de comportarse.

Trabajó algunos meses en un refugio en Pirineos, ese ya de más entidad, parecido a lo que este es ahora. Muchas de las historias que recuerdo oírle contar vienen de esos días, relatadas con una felicidad evidente. Fue una época feliz, bastaba ver la manera en que reincidía en esos episodios y los traía de vuelta una y otra vez, como si en lugar de contarlos

a un tercero se los contase a sí mismo por recordarse la dicha de entonces.

En el verano de mis dieciocho años, hice con él y con mi madre un viaje, y pasamos una noche allí. Les tomé una foto cerca, a petición de mi padre, en el mismo lugar y en la misma pose en la que se habían hecho otra cuando eran muy jóvenes. Salen felices en ambas.

Lo hermoso de esas fotografías en las que uno imita su propio pasado es que parecen querer continuarse más allá de sí mismas, marcar una línea infinita llena de otras iguales. Como si no existieran solo dos, o tres, o una docena de ellas, sino tantas versiones de uno mismo recogidas de esa manera que pudieran ponerse en un librillo y abanicar las páginas como en un dibujo animado, para así verse crecer, envejecer, vivir.

Mis padres se ven jóvenes en la primera de esas fotografías, pero también en la segunda, ahora que también ha pasado tiempo desde que yo la hice. Lo lógico parece ser pensar que hay más, que han seguido con esa costumbre y van a hacerlo en el futuro, puntualmente. Pero no hay tal futuro, solo dos imágenes en dos instantes, y el resto lo extrapola uno, los imagina más mayores pero igual de felices, los transporta y los hace cambiar sobre ese decorado de las montañas que son lo único invariable. Hasta que viene la realidad a decirle que no es así, y le recuerda que esa evolución es ya imposible.

* * *

También cuando dormía fuera del refugio lo hacía con una especie de solemnidad entrañable. La forma en que buscaba un lugar resguardado y se instalaba en él, o la manera ceremoniosa en la que desplegaba su saco, se acomodaba dentro y apenas se movía.

Dormía siempre boca arriba, muy quieto. A veces se quedaba unos minutos mirando las estrellas, pero era incapaz de nombrar ni una sola constelación, porque la astronomía como tal no le atraía, solo el cielo nocturno como una parte más del paisaje de la montaña. Fuera de aquel escenario, no le vi nunca interesarse por esos asuntos.

Hacía poco tiempo que había muerto. Monté en el jardín la tienda de campaña y le propuse a mi hija que durmiéramos allí. Le encantó la idea. Se metió en el saco pero se negó a que apagáramos las linternas, ella quería jugar. Estuvo hablando y moviéndose inquieta durante horas, dormir era lo último que le interesaba. Cuando por fin aceptó, tardó muy poco en conciliar el sueño, y yo sentía su respiración cerca y la miraba en la penumbra, miraba su cuerpo pequeño moverse, el vaivén de su respiración, igual que lo hacía cuando en otro tiempo me acercaba a su cuna a velar su sueño unos minutos antes de irme yo a dormir.

Podría haber pensado en las veces que mi padre y yo dormimos juntos de forma parecida. Por ejemplo, cuando de niño pasábamos los veranos en un camping y compartíamos la tienda. Contaban que yo me agitaba mucho, que a veces incluso me incorporaba en el sueño y me dejaba caer des-

pués hacia atrás, y que en una de aquellas lo hice sobre mi padre que estaba a mi lado. O en esas noches los dos bajo las estrellas, en su cuerpo tan quieto, como sin querer perturbar la calma de la montaña.

Pero no, no fue eso lo que pensé. Veía la respiración acompasada de mi hija, su pecho haciendo subir y bajar la tela del saco, y solo podía pensar en mi padre tumbado en el hospital y en su respirar acompañando a la máquina. En su respiración perfecta, sincronizada con el pulso de los tubos y los émbolos. En su ritmo preciso, milimétrico, inerte.

La muerte no borra el pasado, es peor aún: destruye la legitimidad de los recuerdos.

* * *

Despertaba nada más salir el sol, y unos minutos después ya estaba en pie con la mochila a la espalda. Se incorporaba, miraba alrededor unos instantes. Luego salía del saco de dormir y del fondo de este sacaba la cartera y la cámara de fotos, que siempre metía allí. Y antes de que uno quisiera darse cuenta, ya había guardado todo en la mochila y estaba listo para ponerse en marcha. Un trago de agua a lo sumo, ya habría tiempo después de comer algo. La montaña esperaba, había que andar, que sentir, que mirar los paisajes, que respirar los olores de la mañana.

En mi familia siempre hemos sido de despertares rápidos, nos cuesta muy poco recuperar el brío a primera hora del

día. En la montaña esto parecía tener más sentido aún para mi padre.

Cuando después dormí en el campo con otras gentes, sus despertares lentos me resultaban exasperantes. Verles encender el hornillo para preparar café en esos primeros compases del día me parecía una aberración. Sabía que era un pensamiento ridículo, pero no podía evitarlo. Yo estaba acostumbrado a una dinámica diferente.

Es curioso que en tantas otras cosas no haya seguido las costumbres de mi padre, que en muchas me haya alejado de ellas intencionadamente como suelen hacer los hijos por mera rebeldía, pero esta me resulte tan inviolable, tan imposible de ejecutar de un modo distinto.

En la montaña, las de mi padre son para mí las maneras canónicas de proceder en todo. No hay lugar ya para otros referentes.

* * *

Al igual que él, también yo me vuelvo más social en la montaña. Es fácil sacarme unas palabras. O si no, al menos un simple saludo, que así lo aprendí de mi padre: a cruzar siempre un gesto o una voz con todo aquel que encontrase, como una manera de reafirmar esa sociedad de la que forman parte quienes concurren a la montaña.

De todas las inevitables normas de urbanidad que me enseñaron mis padres, y que aun sabiéndolas necesarias entiendo como meros protocolos impersonales y vacíos, esta

la atesoro y la pongo en práctica con un orgullo particular. Como si no fuera tan solo un asunto arbitrario de buenos modales, sino una cuestión de identidad y de bonhomía; como si, más allá de una convención social, viera en ella un arraigo más humano.

Quizás ya no tenga tanto sentido esta costumbre, ahora que la montaña es un escenario más habitual que en otro tiempo. Me descubro dispensando saludos que nadie me devuelve, tan incomprensibles a veces como si los obsequiara a los viandantes en una calle de una ciudad cualquiera, y sin embargo no dejo de hacerlo, porque así lo hacía mi padre y porque sé que él siempre vio en ello una seña de identidad más que un gesto de educación. Seguiré haciéndolo, ahora con más convencimiento, porque también ahí viven el recuerdo de mi padre y el de esa época suya de montañero, y también eso se me ha confiado para que le dé continuidad a mi manera.

Cuando no nos es posible preservar a alguien, ¿qué nos queda sino intentar preservar su circunstancia, su contexto como un lienzo en el que al menos proyectar las sombras de aquello que hemos perdido?

* * *

Dos chicos con grandes mochilas, una cuerda sobre cada una de ellas. Un hombre mayor caminando con bastones. Una chica joven corriendo. Una pareja. Me cruzo con ellos

en mi camino y me saludan, y me reconforta ver que todavía obedecen esa costumbre.

Les miro y deduzco lo que vienen a hacer en la montaña, si escaladores o paseantes, si se quedarán mucho tiempo o no, si son habituales o simples visitantes ocasionales. Si aman la montaña como la amaba mi padre o la frecuentan sin más, sin raíz, como hago yo. También esto es parte del juego.

¿Podrán imaginar a lo que yo he venido? ¿Adivinarán lo que llevo a la espalda, lo que voy a hacer con ello un poco más arriba?

La fotografía fue su otro modo de mirar a las montañas. La abandonó con los años, pero acumuló aun así una cantidad enorme de álbumes llenos de instantáneas, todas ellas cuidadosamente ordenadas y clasificadas, fiel a esa meticulosidad con la que hacía todo. Muchas de ellas de montañas.

Hace unos años se decidió a digitalizar aquella colección. Compró un escáner fotográfico y cada noche, mientras veía la televisión, lo conectaba al ordenador portátil e iba escaneando pacientemente fotografías, negativos, diapositivas. La tarea debió llevarle algo más de un año, y una vez acabada me dio una copia de todos esos ficheros, supongo que con la esperanza de que aquello sirviera para dar nueva vida a esa historia visual que él había construido, y a la que ya era raro que alguien se asomara. Yo de vez en cuando curioseaba, miraba alguna foto de mi infancia, y si encontraba algo

llamativo o que me despertara nostalgia, me apresuraba a decírselo porque sabía que le hacía ilusión oírlo.

Es a esas fotografías a donde venimos ahora para recordarle. Le buscamos en alguno de los pocos autorretratos que se hizo, o en escenas familiares en la que algún otro se encargó de tomar su lugar tras la lente, o en fotografías que no salieron de su cámara pero de las que debió conseguir más tarde una copia que archivó entre las suyas propias. Ahí lo encontramos en toda esa época que va de sus años jóvenes, cuando apenas era un muchacho, hasta los tiempos más actuales, en fotografías en las que ya no es distinto al último recuerdo que guardamos de él.

Pero es sobre todo en las fotografías en las que no aparece donde yo le busco, y en las que no vengo a recordar su imagen, sino lo que la vida narraba cuando él la miraba desde la atalaya de sí mismo. No sus ojos, sino su manera de mirar. Testimoniar el mundo es solo un efecto colateral de toda creación: lo que hacemos al crear es dar testimonio de nosotros mismos.

Miro las fotografías que hizo de tantas montañas. Reconozco algunas de ese rincón en el que oficiaba su rito, el panorama aquel del que tanto gustaba hablar. Lo imagino llegar hasta ese collado, repetir su liturgia una vez más y tomar después la cámara para intentar recoger aquello. Imagino que, mientras lo hacía, mientras buscaba el ángulo y el encuadre perfecto, su cara seguía teniendo ese mismo aire de sorpresa infantil.

No hay retratos de él mirando ese horizonte, pero da igual. No me hacen falta, sé bien cómo era su semblante, no necesito fotografía ninguna para recordarlo. Lo que ahora veo en estas otras que él hizo es lo que había en su mirada, el otro costado de aquel perfil suyo al que yo gustaba de asomarme con disimulo.

Pongo una de esas fotografías en la pantalla del ordenador. Luego cierro los ojos, espero unos segundos hasta olvidarla y los abro de pronto para intentar así sentir lo que él sentía frente a esa vista. Qué sucedáneo tan ridículo, me digo. Y al instante me doy cuenta de que, por pobre que sea esta pantomima, es lo más cerca que puedo estar hoy ya de mi padre.

* * *

Poco después de que me diera una copia de aquellas fotografías, me entretuve una tarde curioseando en ellas. Recuerdo que dejé después un apunte en mi diario. Lo recupero ahora. Dice así:

> Andaba mirando algunas fotografías viejas por distraerme. Entre las que provienen de mi padre encontré una carpeta que decía tener las de la boda de uno de nuestros vecinos. No recordaba haber visto esas fotos antes, así que me entró la curiosidad y fui a mirarlas para ver cómo lucían esos conocidos en un día como aquel.

> No pude hacerlo, porque los protagonistas del evento no aparecían por ninguna parte. Lo único que podía verse era a mi madre, posando con un vestido rojo en distintos lugares de la celebración: a la entrada de la iglesia, en la calle, en el banquete…
>
> Invitado a un acontecimiento así, mi padre no vio nada que valiera la pena recoger en sus fotografías salvo mi madre. Me pareció algo hermoso.

Esa es la única circunstancia en la que sé que mi padre fue tan feliz o más que cuando miraba sus montañas: cuando miraba a mi madre.

* * *

Otra fotografía, esta vez de esas en las que sale retratado. Es en blanco y negro, y él parece poco más que un adolescente. Está en lo alto de una cima junto con otro muchacho. Supongo que acabarían de escalarla y se tomaban aquel retrato para dejar constancia del logro.

En el pecho llevan los dos un budriel de cuerda de aspecto primitivo, casi cómico. Me recuerda a esos ciclistas de otra generación que llevaban el tubular enrollado sobre los hombros de un modo parecido, entre lo heroico y lo ridículo. Del budriel cuelgan mosquetones, clavos y una cuña de madera con un cordino.

La imagen tiene la épica inevitable de esos tiempos. El material tan tosco, el color algo amarillento, ese gesto de ambos que parece transmitir una mezcla hoy inexistente de inocencia e insensatez.

Por fotografías como aquella, o por las que adornaban las paredes de casa, o tal vez por las historias que le oyeron contar, algunos amigos míos se formaron una imagen idealizada de mi padre como montañero. Quizás porque no habían conocido a ningún otro de esa estirpe de alpinistas de antaño, veían en él la figura romántica del viejo escalador que tan solo conocían por recuentos de terceros.

Aspiraban a algo similar, a tener sus propias historias que un día resonaran con esa misma grandeza. Al mismo tiempo, sabían que yo no pensaba de esa manera, que tenía otros intereses distintos, y mi padre se convirtió así en una figura a la que apelaban para recriminarme mi falta de arrojo o mi simple desidia frente a ciertas actividades montañeras.

Si él era uno de aquellos montañeros aguerridos, ¿cómo podía ser yo tan poco amigo del riesgo y las alturas? ¿Por qué me gustaban a mí los paseos tranquilos, mantenerme lejos de los sobresaltos y las incomodidades, disfrutar no más que de las bajuras, y me conformaba con ir al campo a tomar notas en una libreta? ¿Por qué no había heredado su coraje, su inquietud, su destreza, su amor por la verticalidad de las paredes?

Como si él no solo hubiera sido un tal montañero, sino que lo siguiera siendo, no ya en espíritu, sino también en

acto. Como si la escalada, el vértigo y la conquista de las cimas fueran todavía el eje fundamental de su vida.

Sin embargo, la última vez que mi padre se ató una cuerda para trepar por una pared no tenía más que 24 años. Ese dato no lo conocían mis amigos, o simplemente no se habían molestado en echar las cuentas. 24 años. Después nada, ni rastro de aquellas hazañas.

Con esa misma edad, nosotros lo ignorábamos todo sobre la madurez y el futuro, nos sentíamos aventureros, descubridores (aun si en mi caso ello cursaba lejos de cualquier querencia por el riesgo y los desniveles). Abandonar aquello nos habría parecido impensable, demasiado pronto para un cambio así. Si mis amigos hubieran sabido que a esa misma edad mi padre abandonó su práctica montañera, es probable que no le hubieran idealizado de aquella forma. Pero así fue. 24 años, no más. Lo sé bien: esa era la edad que él tenía cuando yo nací.

* * *

Vivíamos en el primer piso de un bloque de cuatro en el que también lo hacían mi tía y mis abuelos. A veces alguien olvidaba coger la llave antes de cerrar la puerta de entrada, sobre todo mi abuela, que se movía sin descanso de un piso a otro, y entonces no había manera de abrirla para volver a entrar. En una ocasión, lo hizo dejándome a mí dentro, y yo era tan pequeño que no acertaba a abrir desde el interior

a pesar de sus indicaciones. En otra, el despiste le sucedió después de haber puesto una cazuela al fuego.

En lugar de llamar a un cerrajero, se avisaba entonces a mi padre, que llegaba presto de su trabajo, cogía la cuerda que guardaba en un trastero, se descolgaba en un rápel de fortuna desde un piso superior o desde la azotea, y entraba por una ventana para así resolver el entuerto. Esa tarea insulsa de recorrer media docena de metros de una fachada era el único recordatorio de sus tiempos de escalador, y si lo pienso ahora se me ocurre que quizás le hubiera sido más sencillo abrir la puerta de alguna manera, siendo que era hábil en esa clase de asuntos, pero que quizás lo prefiriera así, con todo ese teatro, por concederse un momento para recordar su pasado.

Después nos mudamos a una casa de campo. Le gustaba el bricolaje, y en el garaje fue acumulando un sinnúmero de herramientas. Entre ellas puso la vieja maza de escalada que había utilizado en otro tiempo, de la que ahora se servía para labores mucho menos nobles que la de empotrar en una fisura clavos a los que confiar su propia vida.

La puerta del jardín la cerrábamos con un candado cuando nos íbamos por unos días, pero cuando estábamos en casa o la ausencia era breve, utilizábamos en lugar de ello uno de sus viejos mosquetones para mantenerla cerrada.

Todo símbolos así, mínimos, anecdóticos, con los que sin embargo se le veía satisfecho.

Fue un montañero sin carrera, hecho de pasiones puras, quizás algo de nostalgia, pero sin arrepentimiento ni frus-

tración ninguna. Eligió la vida familiar y aceptó con total convencimiento que para él la montaña ya solo tendría la forma de una simple excursión de fin de semana, de unas vacaciones en un camping en la falda de algún monte, de alguna que otra noche durmiendo al raso en lo alto de una cima asequible, de una vulgar semana de esquí una vez al año. Se contentó con saber de ascensiones y logros alpinísticos a distancia, en la asepsia de una revista de montaña, un libro, un documental. Y estuvo feliz con ello, como si lo que necesitase no fuera materializar su valor montañero, sino solamente ejercer de uno u otro modo su amor por la montaña.

Nunca lo dije, pero esa filosofía suya, esa manera de entender y equilibrar pasiones y necesidades, me hacía sentir mucho más orgulloso de él que cualquier proeza que pudiera encontrar en su cartilla de alpinista.

* * *

Heckmair, en su biografía (libro que no tenía mi padre, y que compré y leí pensando en él y en cuánto me gustaría poder hablarle de esas páginas):

«Lo que no lograba entender era por qué a los montañeros se les juzgaba tan solo por la dureza de las ascensiones que acometían, cuando había en las montañas tantas otras cosas hermosas que experimentar».

* * *

Sigamos hablando del orgullo.

Yo acababa de entrar en la universidad, y los primeros amigos que había hecho tuvieron la idea de unirnos a un viaje con el grupo de montaña. Me pareció un buen plan, por aquello de empezar a conocernos en otro contexto y pasar unos días juntos.

Con mi padre iba a menudo a la sierra, y alguna que otra vez llevábamos los sacos de dormir y hacíamos noche, pero nunca nada de más entidad. Las mochilas que llevábamos en esas excursiones eran insuficientes para pasar más días fuera de casa, así que me vi obligado a pedir prestada una mayor para poder ir a ese viaje. Uno de aquellos amigos recientes me consiguió una que al parecer su hermano ya no utilizaba, vieja y bastante gastada. Y con ella a la espalda, me lancé a mi primera estancia montañera de varios días.

En realidad, en mi casa sí que había algo que me hubiese servido de igual manera, pero era una especie de viejo morral de mi padre, hecho de lona azul, y tenía un aspecto tan antiguo que ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de llevarlo. Me habría dado vergüenza presentarme con aquella reliquia frente a un grupo en el que no conocía a la mayoría de gente, y siendo yo además un novato en aquellas lides. La mochila prestada, aunque ajada y de mala calidad, me parecía una solución mucho más correcta.

Supe años más tarde que ese macuto de mi padre tenía una historia detrás. En aquellos años de su juventud, le faltaba el dinero para poder permitirse algo así, y tanto él como

sus compañeros tenían a lo sumo un petate rudo para cargar su material montaña arriba. Mi padre les propuso entonces juntar dinero con el que comprar una única de esas mochilas más modernas, descoserla para reducirla a sus piezas individuales, conseguir algunos metros de lona y cuero, y utilizando aquellas a modo de patrones hacer tantas réplicas como fuera necesario, a un precio más económico. Él se encargaría del trabajo: ayudaba a su abuela con una maquina de coser especialmente robusta que ella tenía y era, al parecer, un costurero competente.

Sentí una vergüenza enorme cuando, algunos años después de esa primera experiencia, oí aquella historia. No vergüenza ante él, porque no dije nada, ni tampoco como esa que habría sentido si hubiera llevado su mochila de lona en esa ocasión, sino vergüenza ante mí mismo. Me avergoncé de haber pedido prestada otra mochila distinta, de no haber tenido siquiera la curiosidad de saber de dónde venía aquella. Ahora pensaba que lo que me gustaría sería haber hecho justo lo contrario: presentarme llevándola y que me preguntaran, y contar entonces con orgullo su procedencia.

¿Cómo se perdona uno mismo esta clase de errores, cuando el perdón ajeno ya es algo imposible?

* * *

También él tuvo un episodio similar en su juventud, aunque lo que dejaba entrever al contarlo no era arrepentimiento, sino buen humor. Se reía de sí mismo.

Un familiar lejano estaba encargado de vaciar una casa, o quizás era un almacén, no recuerdo bien. Entre los enseres aparecieron unas tablas de esquí, y sabiendo que él era aficionado a aquellos asuntos, le invitó a pasar a recogerlas y quedárselas.

Allá fue mi padre, inocente él y lleno de ilusión, cruzando la ciudad con la esperanza de encontrar un buen par de esquís. Pero lo que le esperaba no eran más que dos tablas vetustas hechas de simple madera, con unas fijaciones viejas y medio oxidadas. No dijo nada, fingió satisfacción, agradeció el gesto. Valoró la posibilidad de dejarlas abandonadas en el camino, pero no le pareció correcto. Regresó a casa llevándolas en el autobús, muerto de vergüenza por dejarse ver con aquel material antediluviano, como si hacerlo fuera una afrenta a su orgullo de joven montañero.

Lo más probable es que nadie le prestara atención, y si alguien lo hacía, que no supiera decir si aquellos esquís eran o no de otra época. Pero quién entiende aquello a esas edades.

No se deshizo de ellos en el trayecto, ni tampoco después. Los conservó durante años, y un día, decidido a rememorar ese pasado suyo, los instaló como decoración en un rincón de casa donde puso también otros materiales ya en desuso: clavos, mosquetones, un piolet con el mango de madera, unos crampones. Su viejo material, que ahora compartía escenario con aquellos esquís en esa especie de altarcito mínimo, laminado todo ello por el paso del tiempo. Porque todo luce hoy igual de anacrónico, una colección de piezas ya

superadas, y quién diría que años antes algunas de ellas eran el orgullo de su dueño mientras que otras le ruborizaban.

Mi madre, todavía desorientada por todos los objetos sin dueño con los que ahora convive, ha decidido añadir dos piezas nuevas a la colección: las botas de cuero que calzaba mi padre en aquellos tiempos y su saco de dormir.

Donde él rendía culto a su propia historia, no queda hoy sino rendirlo a su recuerdo.

* * *

En ese muestrario de útiles montañeros hay también un casco rojo, la única nota de color. Es rudimentario, una simple concha de plástico, y tiene un aspecto de lo más endeble. Recuerda a un casco de obra de mala factura, o a uno de esos tan precarios que aparecen en las imágenes de los mineros de otro tiempo. Se le puede ver con él en algunas de las fotografías de esos años suyos de escalada.

> *«[...] certifica que el paciente se encuentra ingresado a cargo del Servicio de Medicina Intensiva, por traumatismo craneoencefálico severo en situación de coma.*
>
> *Se extiende el presente certificado a los efectos oportunos».*

Se me ocurre pensar que ese casco, de haberlo llevado puesto, quizás le hubiera salvado la vida.

Vivo en un país extranjero donde no se habla mi idioma. Mi hija, crecida en este otro universo lingüístico, habla español únicamente conmigo, y es solo a partir de mí que lo ha aprendido. En lugar del palimpsesto que acostumbra a ser el habla de cada cual, su español es un calco inevitable del mío, construido sobre una única verdad como modelo.

A veces le hablo con un tono infantil, adaptando mis frases a su edad, y me doy cuenta después de que por ello su registro no es el que tendría una niña de hoy día, sino el que tenía la juventud hace casi cuarenta años, cuando yo crecía y compartía conversaciones con mis primeros amigos del colegio. Otro anacronismo más.

Así es también mi lenguaje de la montaña: antiguo, caduco, con la belleza de lo abandonado. Lo aprendí de las historias de mi padre, que contaba sus recuerdos no solo con la jerga alpinística de esos años, sino con la forma en la que

entonces se entendían la montaña y el alpinismo. Y siendo que yo no he explorado después por mí mismo esos confines del lenguaje, la suya es aquí mi única referencia.

No sería capaz de nombrar la mitad de lo que un montañero actual lleva consigo en su mochila, pero sé con exactitud cómo se llamaba cada herramienta y artilugio de cuantos mi padre utilizaba, la denominación ya olvidada de esas prendas que él vestía, el nombre de esas técnicas rudimentarias hoy caídas en desuso.

Lo escuchaba hablar de sus viejos episodios montañeros y había una grandilocuencia involuntaria en las palabras que utilizaba. Más que las ideas o el relato que apuntalaban, me atraía la forma de nombrarlas. Ya entonces nuestras pasiones corrían separadas pero paralelas: la suya por la montaña, la mía por las palabras. Aunque tarde, ahora vengo a unirlas.

No consiguió sembrar en mí su interés por el montañismo, pero me hizo custodio de una manera de narrarlo, de una materialización propia, personal, de lo que aquel era entonces.

De eso trata en realidad este libro: de la transmutación de las pasiones, de la reescritura imprescindible cuando de inculcar cualquier amor se trata. De sus pasiones y amores, de los míos, de la metamorfosis necesaria para que yo pudiera heredar todo ello con el calado que él deseaba.

* * *

En el amor de mi padre por la montaña solo había pureza, sentimiento, víscera. En el mío, no me duele decirlo, más heráldica que corazón. Las huellas emocionales son complejas de seguir.

Pero lo valioso no es hacia dónde se dirigen las pasiones, sino el modo en que se ejercen. Eso tomé de él: la manera de cultivar intereses sinceros, intensos, cualesquiera que estos fuesen. A cada cual su sistema de preferencias y antipatías, sus totems vitales, pero una misma manera de honrarlos. Igual que él amaba sus montañas, así he intentado yo amar cuanto me es necesario.

No aprendí de mi padre a amar las montañas, pero sí mis propias pasiones, mis deseos, a mí mismo.

* * *

Si él era uno de aquellos montañeros aguerridos, ¿cómo podía ser yo tan poco amigo del riesgo y las alturas? ¿Por qué me gustaban a mí los paseos tranquilos, mantenerme lejos de los sobresaltos y las incomodidades, disfrutar no más que de las bajuras, y me conformaba con ir al campo a tomar notas en una libreta? ¿Por qué no había heredado su coraje, su inquietud, su destreza, su amor por la verticalidad de las paredes?

Ahora sé que no es así, que no he desaprovechado la lección de mi padre. No he seguido sus pasos, pero tampoco he

ignorado su filosofía. Lo único que he hecho ha sido traducir sus pasiones al lenguaje de las mías, amoldar sus ideas a la forma de mis querencias. Interesarme por sus libros, pero desde un ángulo para él desconocido; venir a sus montañas, pero con voluntad y objetivo diferentes a los suyos.

Quiero pensar que él también lo sabía ver así y era feliz dándose cuenta de ello: que toda su sustancia acabó asentándose en mí, aunque bajo una forma distinta.

* * *

Hablando de esos libros suyos, he leído algunos otros.

Me fijo en el conjunto, porque todas las bibliotecas cuentan a quienes las compilan, pero sobre todo en la evolución que puede verse si uno, como yo, sabe la manera en que fue construyéndola.

Sus primeros libros, esos que leía en su juventud y que más tarde quiso que yo leyera, están llenos de aventura, de superación, de heroicidad, de lucha contra la pared y las cimas. Los últimos, cuando ya le quedaban lejanas sus propias conquistas, hablan de la montaña sin más, como una realidad estática, autocontenida. Son bodegones, retratos, cantos a la montaña hechos desde la distancia, con una interacción a veces mínima. Le gustaba simplemente leer sobre la montaña, saber más acerca de ella, al margen de lo que pudiera o no lograrse en sus alturas. La gloria que ahora leía, que buscaba, no era la de lo que uno lleva a cabo en la montaña,

sino la de la montaña por sí misma, donde el hombre no es protagonista, sino mero relator.

Me veo más reflejado en esta última época lectora de mi padre. Yo habría leído con más interés esta clase de libros, incluso en esos años de mi adolescencia. No son libros especialmente líricos, que él no tuvo esa clase de interés, sino más bien descriptivos, sencillos, sin aspiraciones literarias. Se diría que ya no necesitaba el teatro que otros hacían sobre esas montañas, sino las montañas como tales, sus detalles. Tener en papel ese escenario y poder sobre él construir la dramaturgia de sus propios sueños.

La evolución de sus libros es también la de su mirar, la de sus pensamientos desde ese collado mientras yo le miraba, y que ahora intento desentrañar. De las fantasías que invocaría en su juventud ante la visión de estas montañas (¿Cuándo empezó a ejecutar ese ritual suyo? ¿Lo haría ya en aquellos años?) a la tranquilidad que le traían en los días en que yo lo acompañaba.

¿Pensaba en mí cuando se detenía ante ese paisaje, en el hecho de estar allí juntos, padre e hijo? Yo no puedo mirar una montaña sin pensar en él.

* * *

Le busco en esos libros, en las palabras, en las historias. Le busco en esa manera de hablar y de contar, en esa idea de la montaña que él lucía con tanto orgullo.

Le encuentro en detalles ridículos que ni yo mismo entiendo por qué significan tanto. Por ejemplo, en el hecho de que en la tipografía de esas ediciones antiguas todo el vocabulario de la montaña aparezca en cursivas: *crampones, piolet, anorak, rappel, vivac* (a veces *vivaque*). Como algo exótico, desacostumbrado, novedoso, tal y como el montañismo debía entenderse entonces. Su montaña está para mí en esas licencias mínimas.

Busco una época, un ayer, porque cuanto más retrocedo en el tiempo más me alejo de su ausencia, y más veraz es el imaginarle vivo y con futuro.

Jean Marc Boivin en *El abominable hombre de los hielos* (otro libro de su biblioteca que sé que le gustaba especialmente):

«Cierta madrugada, a eso de las dos, llegaba yo a Dijon, procedente de Chamonix, sin haber avisado mi regreso. Me encontré con que la puerta estaba cerrada con doble vuelta. Bien, ¿y qué? La ventana del cuarto de mi mujer, situado en el segundo piso, se hallaba abierta de par en par... No en vano es uno escalador: los cinco metros de ostensible fachada de piedra no se me resistirían mucho».

¿Acaso no se parece eso a lo que he contado yo sobre mi padre rapelando la fachada del edificio en el que vivíamos? ¿Acaso él, si tuviera que justificar aquella extravagancia suya, no podría decir también eso de «no en vano es uno escalador»?

Le busco en símbolos de toda clase, en parecidos, en paralelismos, en coincidencias que interpreto con el sesgo inmisericorde de la falta.

La muerte convierte el mundo en una enorme colección de metáforas en la que buscamos lo que ya no existe.

* * *

Compré una edición más actual del libro de Heckmair, solo por ver hasta qué punto era distinta a la de mi padre. Es un ejemplar sin encanto, estéril. Lo leí y pensé que a él no le gustaría, que en esas páginas faltaba algo. Que presentado así, el relato no le habría inspirado de la misma manera.

La necesidad de recordar, de recordarle, me hace perder incluso mi fe en el poder de la literatura.

* * *

La época de las grandes ascensiones alpinas se ha perdido y no volverá a repetirse. Del alpinismo que representaba Heckmair ya no quedan ni las palabras. Igual que de mi padre.

* * *

Estar muerto, *haber muerto*, todo eso no son más que eufemismos para una verdad más perturbadora: mi padre ya *no existe*. Más allá de misticismos o de licencias poéticas, mi padre es una realidad inexistente, falsa. Como una civilización

perdida, como una criatura mitológica. Como el montañismo de hace un siglo.

No morimos: desaparecemos. Nos extinguimos.

* * *

Otro de los recuerdos montañeros que guardaba: un pisapapeles con una placa en la que, junto a su nombre, se lee: «Por su ayuda en la organización. Alta Ruta Castellana». De uno de aquellos *rallies* de esquí de montaña en los que participaba de una manera u otra, y de los que siempre le gustaba hablar. Escuché muchas historias sobre ellos. El compañerismo de esas actividades le entusiasmaba, era fácil verlo.

Rallies. Creo que ya ni siquiera se habla de ellos así, es otra de esas palabras perdidas. Busqué en Internet algo más sobre esa *Alta Ruta Castellana* y no encontré nada. Ningún detalle, ningún recuento, solo alguna mención solitaria. Me entristeció. Si no fuera porque esas tres palabras estaban allí, grabadas en el metal, habría pensado que se trataba de una imaginación mía, un recuerdo distorsionado.

Mi padre era el garante de la vigencia de mis recuerdos.

* * *

Más que en la montaña en sí, el recuerdo de mi padre vive en los pequeños detalles que aquella incorporó a su vida. En esas costumbres cotidianas que habrían tenido otra forma

de no ser por la montaña. No en sus logros distantes allá en las cimas, ni en la épica de esos episodios, sino en el barniz que dejaban después en el resto de su tiempo.

Por ejemplo, en un nudo cualquiera que encuentro y sé que fue él quien lo hizo, en la imagen de sus manos al darle forma. En la destreza que le recuerdo cuando se ocupaba de esta clase de cosas. En cómo plegaba, anudaba, manejaba cualquier cuerda o cordel. Con una técnica natural, instintiva; con una estética de viejo montañero que no sabe comportarse de otra manera incluso lejos de las montañas.

Yo vi a mi padre ser montañero en esos instantes mínimos, en esas demostraciones involuntarias de su espíritu escalador. El gesto aprendido allá en las paredes, donde nunca le vi ejecutar esas tareas, lo repetía aquí, en su vida diaria, con un efecto frente a mí que él nunca llegó a sospechar. Esa era para mí la prueba más fidedigna de su identidad montañera, porque ser montañero al pie de la pared es sencillo, pero seguir siéndolo fuera de ese escenario es algo que no puede fingirse.

¿Qué hacer ahora con ese legado de obras mínimas? ¿Cómo se preserva un valor que solo existe en uno mismo y en el universo que ha levantado alrededor de esos símbolos? Deshacer uno de esos nudos se me antoja igual de violento que destruir una de sus artesanías o abandonar a su suerte cualquier otra de sus creaciones.

Viviremos mañana no en el recuerdo de nuestras grandes gestas, sino en el de nuestros pequeños gestos.

* * *

En el hospital, sus manos hinchadas. Las manos con las que hacía esos nudos, trabajaba la madera, agarraba la roca en sus días de alpinismo. La uña de uno de los pulgares cortada, un accidente con una sierra eléctrica. En su día parecía grave. Hoy una herida así es irrelevante, algo anecdótico.

Todo es relativo, en especial el daño, el dolor.

* * *

En un pequeño estante, su colección de mapas. Modesta, apenas una treintena de librillos y pliegos, la mayoría de ellos de montañas. Todos en muy buen estado, casi nuevos; se diría que no conocieron más escenario que el de esa habitación de la casa.

Lo cierto es que yo nunca vi a mi padre salir a la montaña con un mapa. Nuestras excursiones eran a lugares que conocía con el suficiente detalle como para no necesitar ninguno. Más aún, él mismo era la referencia, la verdad del territorio. Aun si se hubiera servido de alguno de esos mapas, quizás yo no lo habría advertido. Confiaba en él, en su conocimiento preciso de todos los enclaves a los que me llevaba. ¿Qué es un padre sino una suerte de cartografía de la vida?

Como los libros, los mapas eran solo otra manera de traerse las montañas. Mapas de montañas que conocía, porque ver sobre el papel los rincones que uno ama es reconfortante como leer en un poema ajeno los miedos que uno mismo

siente, o como escuchar en una canción los desamores que sufre. Mapas de montañas que nunca llegó a pisar, porque también los sueños más humildes piden una cierta ceremonia.

Libros, mapas, fotografías; formas de tener cerca la montaña. Igual que este libro no es sino una manera de intentar mantener cerca su memoria.

* * *

Además de libros y mapas, hay cajones llenos de cintas de video donde años atrás se dedicaba a grabar todo programa que pasaran por televisión y tuviera algo que ver con montañas. Documentales, películas, recuentos viajeros. Dejaba una cinta siempre preparada, en el punto exacto, y se aposentaba frente al televisor minutos antes con el mando en la mano, atento a la pantalla, listo para lanzar la grabación en el instante preciso.

Rara vez volvía a visionar nada de aquello. Le atraía la simple archivística, el persistir así la montaña para saberla disponible. Preservar la historia que otros escribían en ella, y quizás así también su propio sentir y sus recuerdos.

Con los años, dejó de hacerlo, y últimamente se ocupaba viendo en Internet videos similares, sobre todo de esquí, que descargaba y luego ordenaba de igual manera. Encontré muchos de ellos en su ordenador, atesorados con aquel mismo espíritu de custodia.

Ya ni siquiera tenemos en casa un aparato con el que poder ver esas cintas, quién sabe si tal vez deterioradas irremediablemente por el tiempo. Son una memoria inaccesible, cerrada, como lo es la imagen del mundo que registró en su propia mente, su interpretación personal de la vida, hoy ya irrecuperable.

Necesito cotejar mis recuerdos, saber que lo que levanto sobre ellos tiene un fundamento sólido. En cada conversación que tengo acerca de mi padre, valido lo que guardo de nuestra historia común y lo convierto en una especie de mitología familiar. Solo cuando recibe el beneplácito ajeno, la memoria puede transformarse en bálsamo.

Sucede igual con lo que no es recuerdo: la historia que le invento desde lo que él mismo me contó, la narrativa que desovillo a partir de las imágenes y huellas que ha dejado. Busco y pregunto para confirmar que voy por el camino correcto, que en mi afán por expandir lo que sé de mi padre no incurro en errores ni cedo a una fantasía imprecisa.

La mayoría de sus fotografías no tienen nombre, están guardadas en ficheros etiquetados sin más que un número, pero esa de juventud con su compañero de escalada la tituló «Ramón y yo en el Pico de la Miel». Le pregunto a mi madre

quién fue ese tal Ramón, del que no recuerdo haber oído hablar antes. Ella me dice que era uno de sus mejores amigos de entonces, y que escalaron mucho juntos. También me cuenta que murió joven, y supongo que quizás por eso yo no llegara a conocerle. Descubro que era hermano de otro amigo de mis padres, este sí conocido por mí, y de quien sé que mi padre admiraba su talento tras la cámara. Suya es una de las fotografías que enmarcó y colgó en una pared de casa junto a otra decena de panorámicas alpinas.

Es así que ratifico sus verdades y puedo seguir construyendo mi vacío.

Una mañana, me llego hasta esa sierra y subo caminando hasta lo alto de ese pico. Me detengo en el que creo que puede ser un lugar cercano a aquel en el que ellos posaban. Miro e imagino que él tuvo ante sí algo similar, aunque con un significado completamente distinto. Pienso en cuántas otras cosas también interpretaríamos de manera diferente, cuántas verdades atestiguamos y leímos de una manera tal vez opuesta. Empezando por mi propia historia y mi propia vida.

Me imagino a su lado, siendo yo ese compañero de cordada. Su brazo sobre mi hombro igual que en esa fotografía lo tiene sobre el hombro del amigo. Lo recuerdo celebrando mis logros, la felicidad cuando sabía de alguno de mis éxitos, pero no recuerdo que celebráramos ninguna victoria común. No de esa manera, no en una empresa a la que los dos contribuyéramos en igual medida. Quizás hubiera hecho

falta la montaña para ello, pero no en la manera en que la compartimos.

* * *

Hay un episodio de mi infancia que he oído contar muchas veces. Era yo tan pequeño que no lo recuerdo, solo lo conozco por el recuento ajeno.

Me habían llevado mis padres a un parque en el que había un tobogán. A la invitación de subir y lanzarme por él, yo había respondido con una negativa rotunda. Insistieron. Como no conseguían convencerme, me dieron la mano y me acercaron, me invitaron a subir la escalerilla, quizás me alzaran en brazos. No creo que me presionaran mucho más. Pero la poca afición que ya entonces tenía a las alturas me hizo reaccionar de una manera exagerada, con gritos y aspavientos, acusándoles a ellos de insensatos por querer que me subiera a aquel tobogán. En lugar de llorar o patalear, me dio por argumentar mi posición, razonarla como si mi vértigo y mi pánico fueran lo lógico, y la suya una actitud temeraria.

—¿Queréis que me mate, o qué? —dicen que gritaba yo muy seriamente.

Todavía hoy se siguen riendo a mi costa al rememorar esta historia.

Algunos años después, mi padre y yo subimos hasta la cima de Peñalara. Yo tendría once o doce años, me gustaba caminar por el monte, me sentía bien compartiendo excursiones con él. Desde allí, propuso ir al risco de Claveles, al

que se llega por una cresta algo expuesta. Pero una vez que yo vi cómo era aquel paso, no fue capaz de convencerme de poner un solo pie en él. Reaccioné igual, con pánico, con ese mismo miedo vocinglero, sin querer siquiera dialogar sobre aquella posibilidad. Me ofreció su mano para darme seguridad, pero no sirvió de nada. No le quedó más remedio que emprender el camino de vuelta.

Entre las cosas que me gustaría averiguar sobre mi padre está el saber si al verme ese día de aquella manera sintió alguna clase de frustración. Si la confirmación tan explícita, casi violenta, de mi horror por esas experiencias que a él le cautivaban, le resultó decepcionante. O si simplemente lo encontró cómico y se rió al ver mi poca gallardía, igual que seguía riendo cuando alguna vez recuperaba el recuerdo de aquella otra vez en el tobogán.

No había vuelto allí desde entonces. Sí a los alrededores, alguna vez incluso con él, pero nunca se me ocurrió intentar de nuevo ese paso. Lo hice una mañana, después de su muerte, motivado una vez más por su falta, por el peso de creer malgastada la oportunidad que representa el pasado, sin saber bien si era en su homenaje o en mi descargo que lo hacía.

Resultó ser menos intimidante de lo que esperaba. Mientras pasaba por la cresta, pensaba que me gustaría que él me viera, que estuviera allí para ser testigo. Más aún, pensaba que a él le gustaría verme, incluso si a estas alturas el logro

ya valía de poco para subsanar aquel pavor ridículo de mi infancia.

Hoy, ya sin mi padre, siento más vértigo ante la memoria que ante el vacío.

* * *

A veces me entristece que a mi padre le atrajese lo inaccesible. Saber que hay lugares en los que dejó parte de su historia, y a los que sin embargo yo no voy a poder llegarme. Que en esa celebración tan liberadora que es rehacer los pasos de alguien para recordarle, aunque quisiera no podría seguir todo el camino que él hizo. Que mi padre estuvo en rincones que no existen para mí salvo desde la distancia, y que la barrera que me impide llegar hasta ellos no es otra que mi propia incapacidad.

Mi mundo, en lo meramente geográfico, es más reducido de lo que lo fue el suyo. En otro tiempo, habría dicho esto con orgullo. Hoy lo interpreto como si me hubiera robado una parte de mi propia nostalgia, la posibilidad de evocarle ocupando los lugares en que puso su persona.

* * *

¿Debería yo aprender a escalar, a subir paredes, a alcanzarme hasta cimas que hoy me son inaccesibles? ¿Aprender a moverme en esos terrenos para poder habitar yo mismo esa parte de la geografía de mi padre? No serviría de nada. El

espacio es solo una dimensión de la montaña. Sin su misma emoción, estaría subiendo a lugares distintos.

Nunca intentaré escalar una montaña si no es con la misma pasión que él guardaba.

* * *

Una playa. Pequeña, lejos de todo. Sin otra manera de llegar hasta aquí que el camino por el que he llegado.

Pienso en mi padre. Le gustaría el lugar, pero no es por eso que lo hago. Pienso en si esta sensación de distanciamiento era lo que él buscaba en la montaña. El aislamiento, el saberse alejado, pero no la soledad ni la incomunicación, sino la simple dificultad material del regreso.

Tengo que asumir que nunca voy a tener confirmación de estas hipótesis. Donde antes uno no sentía la necesidad de hacerse preguntas, ahora solo ve interrogantes. Lo que se apreciaba por sí mismo solo se valora hoy como un contexto en el que plantear conjeturas. Como si, desde que no está mi padre, la única función del mundo fuera la de ayudarme a descifrar su misterio.

No es solo cuestión de curiosidad o de nostalgia; hay una acusación, un arrepentimiento por no haber buscado en otro tiempo esas respuestas.

El duelo no existe si no es junto a la sensación de tener que purgar una culpa.

* * *

La montaña como lugar de huida, como destino para perderse de algo. Ya digo que no compartía esa visión. No tenía nada en su vida de lo que quisiera huir, y de haberlo, es probable que hubiera elegido un lugar distinto para dejarlo atrás.

No iba a la montaña a encerrarse en sí mismo. Al contrario, en la montaña se abría al mundo y a los que estábamos en él, se narraba con más detalle que en ninguna otra parte. Esa, ahora lo veo, era otra de sus razones para querer ir a las montañas. En ningún otro rincón era tan fácil leer lo que guardaba.

Y si no tenía cerca las montañas o no podía llegarse hasta ellas, entonces las traía en la palabra, hablaba, recordaba, y al hacerlo se volvía transparente.

* * *

No era la emoción intensa lo que él apreciaba de las paredes, ni el riesgo, ni la adrenalina, ni el desafío a la supervivencia. No era esa su motivación. Como en tantas otras cosas, nunca mostró interés por esas sensaciones fuera del contexto de la montaña, aunque en ella supiera disfrutarlas. Todo aquello era circunstancial, subir montañas le hubiera apasionado de igual modo aun si no revistiera dificultad ni peligro.

Era la luz, el silencio, la silueta del monte, el extraño calor de los lugares inhóspitos. Era la estética, el vacío, la empresa compartida. Era poder sobre la cima de las montañas habitar

durante un instante el horizonte. A veces bastaba un simple paseo para lograrlo, otras era necesario arriesgarse, pero la manera era irrelevante, como también quizás lo era el logro en sí. Importaba estar allí, en la montaña, no más.

Mi padre nunca venció a ninguna montaña. Lo que él intentó fue amistarse con ellas.

* * *

También él sabía de ese carácter circunstancial de las querencias que guardaba en la montaña. Caminar, mirar las estrellas, interesarse por el relieve o la cartografía; ejemplos de actividades en las que rara vez se ocupaba si no era entre montañas, porque fuera de allí dejaban para él de tener atractivo. Más aún, él mismo así las proclamaba, por dejar claro que no eran más que asuntos colaterales. Como si temiera que pudieran eclipsar la verdadera naturaleza de su pasión y de su identidad montañera. Sirva un ejemplo:

Hace algunos años, mi madre y él se apuntaron a un viaje organizado. Allí hicieron amistad con otra pareja con la que mantuvieron el contacto después de aquello. El hombre era aficionado al senderismo, caminaba mucho y tenía un grupo con el que organizaba excursiones regularmente. En el gusto compartido por el aire libre y los espacios abiertos, mi padre y él levantaron conversaciones y una cierta cercanía. Debieron contarse sus experiencias, algún que otro episodio ya pasado, y aquel pensó que quizás a mi padre le gustaría

acompañarle en alguna caminata. «Tú que eres andarín, vente con nosotros un día», le propuso.

Pero mi padre nunca se unió a ellos. En realidad no le interesaba una jornada de senderismo si era lejos de las montañas.

—Si es que yo no soy «andarín», yo soy «montañero» —me dijo como excusándose.

Había en su tono un orgullo muy tierno, nada pretencioso, casi como si se disculpara por no alcanzar esa categoría de caminante que disfruta del camino con independencia del escenario. Y bajo ello, también una especie de frustración por ver que el otro había malinterpretado ese amor suyo por las montañas.

Qué difícil es hacer entender a otros nuestras pasiones. Solo es ahora, cuando me ocupo en desgranar su recuerdo, que yo estoy empezando a comprender las suyas.

* * *

De entre todas sus lecciones montañeras, una tan involuntaria como valiosa: que el respeto no necesita de solemnidad. Entendía toda montaña como algo familiar, casi vulgar y rutinario. Así como se entiende lo que forma parte de uno mismo.

La más intensa de las emociones, en el menos excepcional de los lugares.

Adoraba el monte como se adora lo extraordinario, pero lo disfrutaba con el goce de lo cotidiano, en la cercanía y la naturalidad.

Supongo que él no pensaría en ello, pero haber heredado su manera de entender este lugar hace que hoy me resulte más fácil entregar su recuerdo a las montañas.

* * *

Vale la pena detenerse en esta idea. En cómo la montaña no era para él un santuario. Diría que incluso le habría disgustado ese pensamiento.

En cómo, de nuevo, toda su forma de interpretar la vida puede leerse en su actitud hacia la montaña. Porque con ese mismo mirar entendía los demás lugares, las demás verdades.

La mejor manera de transmitir el amor y el respeto por algo es no caer en idolatrías. Sólo una pasión saludable, transparente. Es de este modo que yo, sin compartir la intensidad de su sentimiento, soy capaz de entenderlo y hacerlo mío. Y más aún, de admirarle por ello.

* * *

Algo que siempre me pareció muy hermoso: su amor por la montaña no iba de la mano de ninguna glorificación innecesaria. Sus montañas no eran algo sobrenatural, no les adjudicaba virtudes más allá de lo evidente. Le bastaba entenderlas así, de un modo acaso crudo, lejos de todo intento de

trascendencia. Una absoluta carencia de mística en su concepción del montañismo. Cualquier visión que se deslizara hacia ese terreno la entendía como inferior, como un autoengaño necesario para quienes no eran capaces de ver la simple belleza de la roca, del paisaje, de la soledad, del silencio.

No creía en la montaña como catarsis, como terapia, como fuente reveladora de verdades inalcanzables por otro camino. Creía en la montaña sin más, de una manera limpia.

Voy a pararme aquí, al borde del lago. Meteré los pies para sentir el agua fría. Me acordaré de cómo nos bañábamos a veces en este lugar, y de cómo le gustaba a él refrescarse en las pequeñas pozas y en los lagos como este.

El agua de montaña la encontraba siempre vivificante. Se quitaba la ropa, la dejaba ordenada sobre una piedra y entraba desnudo a remojar el cuerpo, sin indecisión ninguna. Se secaba después al sol y al viento, y jamás parecía sentir frío. No había, sin embargo, gesto de hombría o dureza en aquello. Al contrario, ahora lo pienso y su imagen allí, esperando a secarse, con ese aire de felicidad inocente, es de lo mas enternecedor.

¿Por qué ha sido necesaria la muerte para empezar a mirarlo todo de esta manera? A él, a la montaña. A mí mismo en otro tiempo. ¿Por qué el gran esclarecedor de nuestra historia es el dolor de la ausencia? ¿Acaso no podemos interpretar

completamente nuestros vínculos sin tener que franquear esa barrera?

* * *

Yasushi Inoue:

«Con la muerte de mi padre también comprendí que una de sus misiones en vida había sido protegerme de la muerte. Mientras él vivía —o quizá precisamente porque vivía—, yo nunca había pensado en mi propia muerte (al menos no de forma consciente, solo como algo que tenía escondido en un rincón del alma). Pero cuando mi padre murió, el conducto que me separaba de la muerte se despejó de repente y quedó completamente abierto, así que me vi obligado a mirar una de las mitades del rostro de la muerte: empecé a pensar que a mí también me llegaría la hora. Con la muerte de mi padre aprendí que él me había protegido a mí, su hijo, por el simple hecho de estar vivo.»

También yo me siento así. Pero no es solo frente a nuestra contemplación de la muerte que un padre se interpone, sino frente a toda la vida. Una figura constante entre nosotros y cualquier verdad, a la que únicamente llegamos a través del tamiz de su presencia, y más sesgada cuanto mayor sea el vínculo de aquel con ella. Y en la falta descubrimos el verdadero color de la realidad, y con ello nuevas formas de vértigo, sorpresa, miedo, belleza.

Es ahora que miro por primera vez las montañas directamente, no a través de él, sino por mí mismo.

* * *

Quizás lo más cerca que estuve de comprender su manera de sentir la montaña fue en los años de juventud en que él y yo nos aficionamos a montar en bicicleta. O más bien, yo me aficioné a ello y él vino tras de mí, nutrió mi afición y supo ver en ella una pasión que podíamos compartir si se hacía de la manera adecuada.

Se sirvió de ello para volver a las montañas, para tener una razón por la que ir casi cada fin de semana a hacer alguna excursión. Si a mí no me interesaba el montañismo más que como una actividad esporádica, él hizo pivotar mi pasión ciclista hacia los territorios de su interés y supo adaptarse a esa circunstancia distinta. Primero, en los caminos de alrededor de casa; después, algo más lejos; y finalmente, en los mismos escenarios en los que él había representado esos años suyos de actividad montañera. Estoy convencido de que el ciclismo en sí nunca le interesó demasiado, que no era más que un medio para recuperar a su manera el vínculo de otro tiempo.

Si digo que en esos días me pareció entender su sentimiento es porque, después de toda una mañana pedaleando por sendas y bosques y praderas a la falda de montañas, cuando volvíamos a casa, toda esa realidad cotidiana me parecía de pronto minúscula, insignificante. Los espacios, los sonidos, todo era una versión ridículamente mínima de lo que él y yo acabábamos de habitar allá arriba. Y era agradable sentir

aquello, porque uno se pensaba entonces en posesión absoluta de su vida, capaz de dominar una realidad hecha de piezas tan reducidas. La vida parecía más abarcable después de ese paréntesis.

Nunca he entendido la montaña como algo grandioso, nunca me he visto deslumbrado ante su enormidad. Pero he sentido empequeñecerse el resto del mundo a su lado. Como si la talla de las montañas no fuera extraordinaria ni merecedora de asombro, sino que su virtud fuera la de tener la dimensión justa, la amplitud perfecta. Como si fuera lo demás lo que se hubiera creado a una escala equivocada.

Siempre tuve la sensación de que a mi padre le sucedía algo similar, porque a pesar de gustarle tanto hablar sobre montañas, sus palabras rara vez eran superlativas. No le oí admirarse de la vastedad de esos lugares, no recalcaba nunca su carácter inmenso, exagerado, portentoso. Solo al hablar de su belleza, o de la profundidad de las emociones que le despertaba, cedía a esa clase de valoraciones. Las más de la veces, lo que hacía era nombrar el resto de paisajes y verdades como insuficientes, comparadas con aquella de la montaña.

En la montaña estaba la medida exacta del paisaje, de la vida, de uno mismo. Y con aquello comprendía (comprendíamos) después el alcance real de todo lo demás.

Eso creo que era para él la montaña: una manera de calibrar el resto de su vida.

* * *

Heckmair tuvo un hijo que sí siguió sus pasos en la montaña. En 1980 se vio atrapado en una avalancha, y de las lesiones que aquello le causó, abandonó el esquí y el montañismo. Se refugió en la bicicleta de montaña. Diez años más tarde, fue la primera persona en cruzar los Alpes dando pedales sobre una de ellas.

No sé si al descubrir esto me sentí ilusionado o me avergoncé de mí mismo.

* * *

Una tarde de verano, preparó su mochila, cogió el coche y se fue a la montaña. Subió hasta una de sus alturas preferidas e hizo noche allá arriba. Se tomó una fotografía antes de meterse en el saco, que mandó después al resto de la familia. Se dijo feliz. Antes del mediodía ya estaba de vuelta en casa.

Era algo que él y yo hacíamos a veces. Subir, observar desde la distancia la ciudad iluminada, dormir en la oscuridad del monte, regresar temprano a continuar nuestras rutinas. Una vez al año, quizás dos, como una tradición que no sabíamos bien cuándo ni cómo habíamos instaurado. Yo no podía acompañarle en aquellos días, así que él decidió ir solo, darse ese capricho y tener su noche en lo alto aunque nadie lo acompañase.

No volvimos a tener oportunidad de repetirlo, y esa fue su última vez. Su última noche en una montaña.

Ahora es todo de esta manera: una búsqueda de los momentos finales, de las últimas conquistas. Una exploración

de los remates simbólicos de su vida, como si así pudiera uno juzgar con mejor criterio el recorrido de su historia, sabiendo con exactitud en qué verdad desembocan. «La última vez que...»

La ausencia es una casa que empezamos a construir por el tejado.

* * *

La mañana misma del accidente, fui a recoger al médico unos análisis. Arrastraba desde hacía meses unos desajustes que me tenían inquieto, y que también, lógicamente, preocupaban a mis padres. El médico confirmó que no había nada de lo que preocuparse, que las sospechas eran infundadas. Les llamé de inmediato para que también ellos se tranquilizaran. A decir de mi madre, la noticia fue muy bienvenida. Ella y mi padre, aliviados, hablaron de ello en la comida, justo antes del accidente.

Su última comida. Y aquella noticia mía, ahora lo pienso, la última oportunidad que tuve de hacerle feliz.

* * *

Verano. En una piscina. Desde el agua, mi hija me mira orgullosa esperando que haya visto su pequeña proeza y le regale algún halago. Acaba de tirarse de cabeza y ha entrado en el agua sin apenas salpicar. Es la primera vez que lo consigue.

Para un padre, la vida de sus hijos es una colección de primeras veces. Para un hijo, la de sus padres acaba siendo no más que un recuento de últimas ocasiones.

* * *

Cuando pienso en mí y en él, sin embargo, la curiosidad busca el otro extremo del recuerdo: mi infancia, su juventud, los primeros años que compartimos juntos. El fin es brusco, bien definido, pero los orígenes no pueden ser sino difusos. En esa bruma de lo incipiente intento buscar ahora una mezcla equilibrada de luz y sosiego.

¿Cuál es mi primer recuerdo de mi padre? No sabría decirlo. Se me da mal retroceder con nitidez al pasado. ¿Cómo fue el momento en que lo identifiqué, en que lo reconocí como tal autoridad, en que supe ver en él mi propio origen?

* * *

Heckmair, sobre la formación de una cordada:

«[...] sin embargo, el momento de encontrarnos frente al hombre con el cual vamos a ligarnos a vida o muerte es un momento extraordinario».

Cerca de aquí hay una plaquita en la parte baja de una pared. No sé exactamente dónde, no sería capaz de encontrarla, pero recuerdo que pasábamos a veces junto a ella cuando caminábamos por esta zona. Es una de esas placas en memoria de alguien, otro montañero, que debió perder la vida en estas alturas.

No hablábamos de ello, pero creo que a él, igual que a mí, le incomodaban los memoriales de esa clase. La ausencia la prefería discreta, silenciosa. Quizás en la montaña más que en ningún otro lugar. Qué monumento puede haber más solemne, más cierto, más noble que una montaña, habría dicho.

No querría una placa que lo recordase, estoy seguro, pero tal vez, de haberlo sabido, habría preferido morir aquí. Si la tragedia tenía que alcanzarle, que lo hiciera al menos en un lugar con significado. O no, quién sabe. Puede ser que le

hubiera dado igual, que jamás le importaron demasiado los simbolismos.

Hasta donde yo sé, nunca perdió a nadie en la montaña. Algún conocido lejano tal vez, pero nadie de su círculo de amistades, ningún compañero de cordada. La mayoría de ellos no dejaron de escalar, siguieron dedicándose a las paredes hasta el último día, y sin embargo ni uno solo se dejó la vida en ellas. Se los llevó un cáncer, un infarto, un accidente de coche, fatalidades todas ellas sobrevenidas además demasiado pronto. Personas que otros dirían temerarias, que sabían que su afición era arriesgada y que más aún lo había sido en esos años de montañismo primigenio y venturoso, y a quienes la vida concedía finales no solo tempranos sino también triviales.

Ya no le quedaba ninguno de aquellos amigos, él era el último. A veces se paraba a pensar en ello y no podía evitar hacer un poco de filosofía ligera sobre la vida, la muerte y el azar. Se preguntaba por qué esa ironía, por qué esa veleidad del destino, y por qué a él le había obsequiado la suerte de seguir allí todavía.

«Suerte», eso decía. Esa es ahora la última palabra que se me ocurriría utilizar para hablar de él.

Un infarto, un cáncer, un accidente de coche. Un atropello en un paso de peatones.

* * *

Heckmair:

«He tenido mucha suerte en mi vida. Consciente de los peligros a los que me he expuesto en mi juventud, sigo creyendo que la suerte es un factor determinante para que uno logre sus objetivos en la montaña, en especial para los novatos».

* * *

Heckmair murió a la edad de 98 años. Supongo que él sí tuvo suerte.

* * *

O no. Leo ahora que perdió a su padre con tan solo diez años. ¿Cómo considerar afortunado a quien no ha podido disfrutar de un padre más que en los primeros años de su infancia? ¿Cómo decir que el destino le fue bondadoso a quien no tuvo un padre como yo lo tuve?

* * *

Tan apropiado para un montañero es, en realidad, morir en una pared como hacerlo en la más insípida de las circunstancias.

Dino Buzzati, en la semblanza que le dedicó al guía de montaña Tita Piaz tras su muerte:

«Tita Piaz ha conocido un trágico final, y no ha sido precipitándose desde una pared: ha encontrado la muerte al

caer de una bicicleta, algo que podría sucederle a cualquier chiquillo. A quien no le haya conocido esto podría parecerle una cruel ironía, pero da la sensación de que hasta en esa manera de acabar su vida, singularísima y genial, ha permanecido Piaz fiel a sí mismo».

Encontrar la muerte que a uno parece corresponderle («en la belleza», según escribe Buzzati más adelante) o una banal, ridícula, ajena a la persona que se ha sido.

Como si importase algo.

* * *

En el crematorio estábamos solos mi madre y yo. El hombre que trabajaba allí abrió el féretro y vimos el cuerpo, casi irreconocible. Sobre él habían dejado un rosario que mi madre se apresuró a retirar.

—A él no le gustaría esto. No era creyente —dijo.

Yo pensé lo mismo; en cuanto vi el rosario me imaginé el rechazo que le habría provocado a mi padre ese detalle. Simplemente, mi madre fue más rápida en reaccionar.

Sigo todavía con esa actitud: la de corregir aquello que sé que a él no le hubiera gustado. Como si el mundo le debiera un cierto decoro y yo fuera el encargado de garantizarlo. La mayoría de las veces, no ya por él, que nada puede saber de lo que aquí se hace, sino por las ideas y la filosofía alrededor de las que construyó su vida, y que uno se siente obligado a continuar. Porque si no ¿de qué sirvió su manera de vivir,

su intento de dejar un mundo mejor, si permitimos a otros revertir esa labor y guiarse por valores distintos?

Inevitablemente, en ningún lugar es esto tan cierto como en la montaña.

Fuimos a caminar al monte y mi hija se detuvo junto a un hito. Sin que yo me diera cuenta, lo desmontó piedra por piedra y me llamó después orgullosa para que viera su obra. La regañé, pero no de la manera suave y pedagógica con la que intento siempre hacerlo, sino agresivamente, como si, en lugar de ser una simple travesura que hubiera de corregir, aquello me ofendiera personalmente. En cierta forma lo hacía. Sin quererlo, yo pensaba en mi padre, en lo disgustado que estaría al ver aquello, en lo decepcionado que se sentiría, con ella y quizás también conmigo, al saber ese hito destruido.

Ella esperaba algo de complicidad por mi parte, una sonrisa, una señal de aprobación, y no alcanzaba a entender el porqué de mi reacción tan violenta. Me di cuenta entonces de que ella no sabía lo que era un hito o para qué servía ese montoncito de piedras allá en mitad de la montaña. Sin ese contexto, el suyo era en realidad un gesto noble: devolvía al paisaje su naturalidad, la espontaneidad de su entropía. Se lo expliqué, intenté ser dulce con ella, no dije nada de mi padre. Creo que siguió sin entender por qué la había amonestado con tanta vehemencia. Solo le conté lo material, lo tangible, no lo simbólico.

Nos sentamos junto a los restos del hito y lo reconstruimos. Aun sin saber por qué aquello era tan importante para mí, quiso ir más allá y buscó otras piedras en los alrededores. Construyó una pirámide mucho mayor y rellenó con las rocas más pequeñas cada uno de los espacios. Sin saberlo, devolvió al mundo el orden que mi padre hubiese querido.

Suena ridículo, pero pocas veces me he sentido tan orgulloso de ella.

* * *

Asusta pensar en cómo la muerte es capaz de modular todas nuestras emociones. El orgullo, el amor, el sentir del tiempo, la cercanía o la distancia a cuanto nos rodea.

No hay nada capaz de alterar nuestro panorama sentimental en tantas dimensiones. Ningún hecho que, sucediendo en un rincón particular, alcance a perturbar con tal intensidad todos los otros puntos de nuestra geografía afectiva.

Los pájaros. Las primeras chovas, los gorriones alpinos, ahora volando alrededor de mí. Otro símbolo más en nuestra cosmogonía montañera, de mi padre y mía.

Me aficioné de niño a la ornitología. En un libro aprendí con detalle todas las especies que pude: su aspecto, sus medidas, sus costumbres. Luego salí al campo a buscarlos sin más equipo que una libreta y un lápiz. Siguieron otros libros. Cuando estuvo claro que aquello no era una moda pasajera, mi padre me llevó a la tienda en la que él compraba sus cámaras y sus objetivos, y me regaló unos prismáticos. Todavía los tengo. Fue una especie de rito de paso, como si con aquello me diera la bienvenida a su mundo de lentes y oculares, algo que me parecía ser asunto exclusivo de adultos.

No llevaba conmigo esos prismáticos cuando salíamos a caminar por la montaña, pero me gustaba hablarle de las aves que cruzaban por delante de nosotros. Le recitaba todos

esos datos que yo conocía, y como él los olvidaba, se los repetía la vez siguiente con idéntico entusiasmo. Le hablaba de las chovas, de los diminutos reyezuelos, de las rapaces que veíamos sobrevolar las rocas. También de las especies que no veíamos, aquellas que yo había encontrado en otros lugares sin su compañía y que sabía que habían de habitar allí igualmente. Se las nombraba como queriendo decirle que, si nos sentáramos a aguardar con unos prismáticos en las manos, acabaríamos por encontrarlas, aun si sabía que él no tenía interés en ello.

Un día tuvimos la suerte de ver un pechiazul sobre unos piornos. Se encaramó de pronto y nos paramos en seco a observarlo. Era la primera vez que mi padre veía uno, pero supo identificarlo de inmediato por lo evidente del nombre y por lo que yo le había hablado antes. Sentí el orgullo de pensar que era yo quien le había enseñado aquello.

Lo que más me gustaba era hablarle de las especies montañeras, las que solo habitan en las alturas y los cantiles. En especial, de las que lucen esa verdad en su nombre: el gorrión alpino, el acentor alpino, el roquero solitario. Me vanagloriaba de ese conocimiento, de poder mostrarle cosas que él no sabía de esas montañas. Siempre me pareció que a él le gustaba especialmente oírme hablar de aquellos pájaros.

Entendí mucho después que, ante aquella parte de mi erudición ornitológica, él sentiría ese orgullo tan hermoso de ver crecer a un hijo por universos que a uno mismo le son desconocidos. No el orgullo ridículo de pretender que un

hijo nos supere en nuestro propio territorio y llegue a ser lo que nosotros soñábamos ser, sino aquel otro, mucho más nutritivo, de descubrir que nos adelanta por flancos que ni siquiera hemos imaginado.

Mi padre sabía ya que yo no iba a compartir con su misma intensidad la pasión por las cimas o la escalada, pero le reconfortaba ver que había otro terreno, ese de los pájaros, en el que mi conocimiento de la montaña era mayor que el suyo.

* * *

Sé, en realidad, mucho sobre las montañas. No sobre el montañismo, ni sobre la dificultad o el riesgo; no sobre la emoción de ascender ni sobre los desafíos o las ambiciones del montañero. No sé lo que se siente al culminar un reto alpinístico, desconozco todas las emociones que puede traer una cima más allá de lo que dicta la mera estética de su paisaje. Pero puedo hablar sobre la montaña como forma de memoria, de homenaje, de vínculo, de frustración, de arrepentimiento; puedo contar su simbología, su peso, su solemnidad cuando de nostalgia y llanto se trata. Nadie puede enseñarme ya nada sobre el valor sentimental de una montaña.

Sé mucho sobre las montañas, y nada de ello lo conoció mi padre, porque nunca tuvo la necesidad de aprender lo que yo he aprendido con su marcha. Me gusta pensar que así fue mientras le recuerdo.

* * *

Otros saberes, sin embargo, sí querría haberlos compartido con él y no lo hice. Me arrepiento. Hubiera podido contarle mucho sobre estas montañas, muchas maneras distintas de mirarlas, de entenderlas, porque también yo las tuve aunque no arrancaran de una pasión como la suya. Haberle contado, por ejemplo, cómo esos libros míos por los que él no sentía interés hablaban a veces de paisajes y ensoñaciones; cómo en la poesía que leí en mi juventud, y que él quizás imaginaría hecha no más de amor o de tristeza, se cantaba también al relieve, a la luz, al color, a esas mismas cosas sobre las que él se pronunciaba y no sospechaba que podían amarse de otra manera.

Enseñar une más que aprender. Y yo no le enseñé a mi padre todo lo que sabía sobre sus montañas.

* * *

De los días de mi infancia, otro recuerdo: en una de esas excursiones a la montaña, me habló del invierno en el que él y dos amigos subieron una pared junto a la que pasábamos, y de cómo alguien les dijo más tarde que aquella suya tal vez fuera la primera invernal de esa vía. Probablemente no fuese cierto, o quizás el logro fuera tan modesto que ni siquiera hubiera valido la pena registrar una ascensión previa, pero lo contaba con cierta ilusión, sin creerlo relevante, más como una anécdota que como un motivo de orgullo.

A mí, sin embargo, el relato me pareció el de una hazaña insuperable, como no podía ser de otro modo. Aun sin saber yo nada de glorias montañeras ni tener interés en perseguirlas, no imaginaba mayor conquista que la de hacer en esas alturas algo que nadie había hecho antes.

Se me ocurrió más adelante, en mi inocencia infantil, que podría regalarle una confirmación de aquello, un documento tal vez que lo acreditara como miembro de esa cordada pionera. Tendría que existir en alguna parte, alguien se encargaría de llevar un registro de esa clase de cosas y podría dar fe de ello. Busqué sin mucho éxito, con la torpeza y los medios escasos que tenía entonces, y abandoné pronto la idea.

A veces volvía a pensar en ello. Seguía pareciéndome un buen obsequio. Quizás para el próximo cumpleaños, me decía. Con menos ingenuidad que antes, pero todavía con esa esperanza ridícula de que alguna autoridad pudiera darme prueba de la hazaña de mi padre como quien expide un diploma académico. Lo pensaba, pero ya ni siquiera buscaba la manera de obtenerlo.

Ahora me río de lo absurda que era aquella idea, como lo son todas las aspiraciones de grandeza que uno tiene en la infancia, ya sea por sí mismo o a través de otros. Me río de ese deseo de engrandecer a mi padre con aquello que él mismo consideraba irrelevante. Me arrepiento, sin embargo, de no habérselo contado una vez que supe lo errada que era mi fantasía, de no haberlo compartido con él y habernos reído

juntos. De no haberle oído contar de nuevo ese episodio y ver desde otro convencimiento su manera de narrarlo, con ese aire de anécdota personal sin ninguna trascendencia más allá de uno mismo, o el énfasis que seguro habría puesto en el recuerdo de esos compañeros de entonces.

Ese, ahora lo sé, habría sido para él un regalo más valioso.

UNA de las historias que más contaba, con especial delectación:

Estaba en Pirineos con unos amigos. En su mochila llevaban material de escalada, saco de dormir y algo de comida. No contaban con pasar allá arriba más de una noche, pero les pudo el éxtasis montañero y quisieron quedarse más tiempo en la montaña, encadenaron un puñado de ascensiones, hicieron uno o dos vivacs más de lo que habían planeado pese a quedarse pronto sin alimento. Volvieron famélicos pero exultantes, y en el pueblo al que regresaron no había más que un bar en el que lo único que servían eran huevos fritos. Mi padre comió una docena. Esa era para él no solo la anécdota de aquella historia, sino también la hazaña, la verdadera conquista de esos días. Qué divertido era verle contarla, con ese orgullo que a veces ni uno mismo comprende de dónde viene.

Cuando yo era niño jugaba en un equipo de baloncesto. Los sábados teníamos partidos, y en uno de ellos, al acabar, nos quedamos junto a un parque a esperar a que llegara el autobús que nos llevaba a casa. Cerca había una pastelería donde cada cual compró algo para la espera. Yo, dos donuts de chocolate.

Acabé de comerlos y quise más. Me permití un capricho de glotonería y compré otro par. Y como quedé aún con algo de hambre y el autobús tenía retraso, cedí a mi gula y redondeé a media docena. Me acordé de la historia de mi padre, y aunque ya estaba más que saciado, se me ocurrió que podría imitarle en aquello. De una manera al parecer discreta, repetí la operación otras tres veces sin que mis compañeros se percataran de ello, entrando y saliendo de la pastelería hasta completar la docena. Lo hice forzado, casi a disgusto, pero había algo que me empujaba hasta esa cifra para poder después decirme a mí mismo que yo también era capaz de llevar a cabo esa clase de proezas.

Nunca había tenido interés en repetir los logros montañeros de mi padre, tampoco en imitar cualquier otro de sus talentos, pero aquel camino del empacho me pareció de pronto el más eficaz para ser como él, para sentirme tan grande como él.

Le oí contar esa historia alguna que otra vez después de aquello. A veces a mí directamente, como si creyera que yo la había olvidado; otras, a alguien nuevo que debía desconocerla. Y no sé bien si era su memoria la que fallaba o la mía la que

lo había hecho entonces, pero en el relato ya no aparecían esos exactos doce huevos, sino tan solo ocho. Resultó que su gesta era menor de lo que yo la creía, y eso no solo no engrandecía mi intento de imitarle, sino que lo convertía en algo aún más ridículo.

Es lo que se espera de un hijo: que magnifique todo el desempeño de su padre hasta transformarlo en leyenda.

* * *

Heckmair, tras volver de la norte del Eiger:

«Puede decirse que no hemos comido nada durante tres días, así es que no conseguimos vernos hartos: seis filetes por persona, sin contar los demás platos y postres, desaparecen ante los atónitos ojos del público».

* * *

Tenía otras historias así, de hambre y de víveres escasos. Todas simpáticas, sin ningún drama, porque la carencia obedecía solo a un fallo de previsión, a un cambio de planes hecho al calor de ese deseo suyo de permanecer el mayor tiempo posible en las alturas, o incluso a una simple muestra de fanfarronería juvenil. Las contaba siempre con humor, con más ilusión incluso que las de otra clase.

Más allá de esos episodios, lo cierto es que prestaba especial atención a la comida que llevaba a la montaña. Siempre

le gustó la cocina, se le daba bien, y preparaba la vitualla con tanto mimo como lo hacía con el resto del equipo.

Ese apartado de sus costumbres montañeras lo conozco de primera mano, porque siguió haciéndolo todo de idéntica manera en las excursiones que más tarde él y yo haríamos. Salíamos a pasar el día al campo, o quizás con idea de hacer noche, y le dedicaba tiempo y cuidado a preparar el alimento. Nada de soluciones sencillas, sino platos elaborados, preparaciones que uno diría que no encajaban en la parquedad de la experiencia montañera. Para él era importante disfrutar, obsequiarse una cena sabrosa antes de meterse en el saco, porque qué lugar mejor que en mitad de la montaña para convertir esta en algo especial. Tal era su filosofía: llevar a ese escenario aquello en lo que encontraba felicidad, para así realzarlo. Tengo un recuerdo feliz de todas esas ocasiones, los dos sentados sobre una piedra, a mediodía o viendo esconderse el sol al final de la tarde, compartiendo nuestra comida.

Entre los útiles que representan su dedicación a la montaña, junto a crampones, piolet, cuerda o saco de dormir, hay otros más prosaicos pero no menos relevantes. Por ejemplo, la tartera metálica que siempre utilizó, y que, a diferencia de las otras piezas de su equipo, también yo llevé conmigo años más tarde.

Era él quien se encargaba muchas veces de prepararla. Si sabía que yo iba a ir al monte con unos amigos, la noche antes cocinaba para mí, y en la tartera, de dos pisos, ponía dos

platos distintos. Luego añadía unos cubiertos, una servilleta, lo metía en una bolsa de plástico y cerraba con una goma elástica alrededor. Lo dejaba en la mesa de la cocina, de donde yo lo recogía. Y horas más tarde, mientras mis compañeros daban cuenta de un bocadillo, una mera tortilla, un filete empanado, yo hacía lo propio con mi menú ante la envidia de todos ellos.

Esa era su manera de cuidarme, su modo de supervisar mi actividad sin inmiscuirse más de la cuenta. Podría haber sido más paternalista, apelar a su mayor experiencia montañera para opinar sobre la ropa o el resto de lo que había en mi mochila, pero se limitaba a aquello. Y aunque ahora tuviera una colección de fiambreras probablemente mejores, usaba siempre aquella suya de entonces, con su aspecto robusto, antiguo. Supongo que le haría ilusión ver que seguía siendo válida y capaz de dar servicio.

Lo curioso, según lo veo ahora, es que yo no sentía orgullo por ser el que mejor comida llevaba consigo, o por tener un padre tan diestro en la cocina, o ni siquiera por saber que mi padre se preocupaba por mí más de lo que lo hacían con sus hijos los del resto de mis amigos. El mío era un orgullo salvaje, aventurero, agreste. El orgullo montañero de saber que mi padre hacía aquello por conocer lo que significaba comer en la montaña, por haber experimentado él mismo el placer de combinar el buen paladar y el paisaje y el aire libre. Y yo me apropiaba de su categoría montañera a través de la comida y de aquella tartera que representaba la gloria de

ese pasado suyo en la montaña. Yo estaba allí, no guardaba interés por las cimas, tenía aspiraciones simples que no iban más allá de caminar y charlar con amigos, pero canalizaba para mi propio renombre la excelencia alpina de mi padre de aquel modo.

El orgullo, más que ningún otro sentimiento, es asunto que se nutre de símbolos.

* * *

En una página Web que sé que mi padre consultaba, leo la actualidad alpinística y pienso que todo ello sucede ahora sin que él tenga noticia de esos logros. ¿De qué sirven entonces si no está para conocerlos?

«Conquistar lo inútil» es ahora más inútil que nunca. ¿Para qué narrar esas hazañas si mi padre no va a recibir recuento de ellas? ¿Qué sentido tenían esas conquistas sino el de regalarle un poco de ilusión y de nostalgia? Lo imagino frente a su ordenador, navegando entre esos contenidos, como si él fuera el único destinatario de todo ello.

¿De qué sirven las montañas mismas sin mi padre?

* * *

Pienso en el invierno, en si este año traerá más o menos frío, en el helor de la primera hora de la mañana mientras mi hija y yo esperamos el autobús escolar a la salida del pueblo. Poco después de nacer ella, la estación trajo una nevada que

cubrió de blanco todos los campos. Algo excepcional. Desde entonces no hemos vuelto a ver un solo copo.

Pienso en si este año volverá a nevar, y en que me gustaría que así fuera, que nevara tanto o más que aquella vez, que todo se cubriese y no pudiéramos salir de casa.

Pienso en mi padre, porque el frío y la nieve son verdades que he vivido en muchos lugares pero que aun así identifico como algo propio de la montaña, y las montañas son él, y entonces el frío y la nieve son él aunque yo sepa que las amaba en cualquier circunstancia.

Pienso en mi hija recogiendo nieve entre sus manos y lanzándome una bola mientras ríe, y en que mi padre no estará para verlo si es que así sucede. En que la próxima vez que nieve aquí, este año o quién sabe cuándo, mi pueblo será un poco más montaña, un poco más mi padre, pero sin él. Como si la vida se tomara el esfuerzo de disponer un escenario perfecto, sin saber que ya no hay quien merezca ocuparlo.

Este es el lugar. Podría ser cualquier otro cercano, pero este parece hermoso. Le habría gustado. Lo imagino aquí parado, haciendo un alto con la mirada perdida hacia las cumbres. Me diría algo, unas palabras sin mucha sustancia, y yo le respondería con otras similares. Se le vería feliz, con esa felicidad suya tan simple, sin estridencias.

Voy a llorar, lo sé. Nada sorprendente, soy de lágrima fácil, aunque será la primera vez que lo haga en la montaña. Yo, que he llorado en tantos lugares, no recuerdo haberlo hecho nunca entre montañas.

Al contrario que mi padre, no puedo decir que la montaña ha sido un escenario en el que he encontrado mis mayores alegrías, pero sí que es de los que menos tristezas me ha visto sufrir. Quizás porque la mayor parte de mis montañas las conocí junto a él.

Me gusta pensar que él tampoco lloró en lugares así, que solo conoció buenos momentos. Que no vino a dejar pena ninguna ni partió llevando más de las que ya arrastraba. El simple disfrute del paisaje y el aire fresco, la buena compañía de otros iguales, eso y no más quiero pensar que tuvo en la montaña.

* * *

Que dejáramos las cenizas al pie, no en la cima, tal era su deseo. Eso se deduce de sus palabras, y me gusta creer que era porque valoraba igual el arranque que la culminación, la falda que la cúspide. Para él la montaña era todo, no solo esa gloria de lo más elevado. Igual que un árbol no puede entenderse sin sus raíces.

En la bajura, en el cimiento mismo del monte, aquí es donde veía su lugar último.

* * *

Las cenizas de su mejor amigo también están en la montaña, pero lejos de aquí. En otra sierra, en otro pico que aquel amaba del mismo modo que mi padre amaba este, y del que decía haber perdido la cuenta de las veces que lo había subido.

No era así en el caso de mi padre. Él llevaba bien sus cuentas en esta montaña, e incluso a veces fantaseaba con que la cifra de sus ascensiones llegaría algún día a la centena. No

recuerdo el número exacto, pero no andaba lejos, quizás serían ya ochenta o noventa las ocasiones en que había subido. Muchas de ellas junto a mí. Un valor que ya no habrá de cambiar y que queda ahora sin significado, testimonio de un desempeño interrumpido, como tantas cosas.

* * *

¿Cómo se abandonan las cenizas de alguien? Ni siquiera sé cómo formular esta pregunta, con qué verbo nombrar lo que voy a hacer. ¿Dejar? ¿Depositar? ¿Esparcir? ¿Arrojar? Cuando él nos hacía saber su voluntad, ¿con qué palabras lo hacía?

¿Las vierto en un lugar concreto o las disperso? ¿Las dejo caer o las lanzo al viento? ¿Sujeto solo la urna o debo meter en ella la mano? ¿Tengo que volver a tocar a mi padre de esta manera?

Todo me parece vulgar, insuficiente.

* * *

Entre las fotos que enmarcó y puso en casa, hay una en la que salimos mi hermana y yo. En el circo de Gredos, de una vez que fuimos en familia. Nosotros en primer plano, y detrás los tres pilares que llaman los «Tres Hermanitos». Los de roca junto a los de carne y hueso, un pequeño guiño para el conocedor de esas montañas. Su manera de conjugarnos con su amor por estos lugares.

También ahora estamos los dos, ella y yo, más cercanos que nunca, en la montaña igual que entonces, pero la manera en que él nos acompaña es distinta. ¿Imaginaría él que esto habría de suceder, que vendríamos juntos a despedirle? Otro paralelismo, esta vez entre nosotros y nuestro propio pasado, cuando él podía acompañarnos, hacernos una fotografía, mirarnos como a otra parte más del paisaje de su vida.

* * *

Qué sencillo imaginarle aquí lleno de vida. Una figuración dinámica, exuberante. Y sin embargo, todo lo que dejamos de él es un resto vacío e inerte, incapaz de sentir el lugar.

Las montañas, pese a todo, seguirán siendo una representación de su vida, no de su muerte. Les confiamos no el cuerpo, sino la memoria. Venimos a salvaguardar el recuerdo, a asegurarnos de tener en ellas, siempre disponible, una manera inmediata y efectiva de invocarlo. Una regla mnemotécnica para llegarnos hasta lo que de él supimos.

Las pasiones que guardamos son el vocabulario con el que otros vendrán a leernos un día. Venir a la montaña será ahora abrir un diccionario en el que encontrar las palabras con las que interpretar el recuerdo de mi padre.

* * *

Nunca fue a poner flores a ninguna tumba. No entendía la costumbre, le parecía simplemente un protocolo vacío.

Supongo que, de conocerla, le habría resultado igual de insustancial la práctica judía de dejar no flores, sino pequeñas piedras, aunque quizás la encontrase más simpática. En cualquier caso, tampoco nosotros vamos a honrar este lugar de ninguna de esas maneras.

Pero lo hará la montaña.

Donde ahora están sus cenizas, estas montañas pondrán flores y musgos y hierbas; dejarán rocas, piedras de toda talla, quizás algún montañero levante un hito para guiar el camino de otros; cubrirán lo que queda de él con tierra y en los inviernos algo de nieve.

Será la montaña quien venga puntual a celebrarlo.

* * *

«Guía de montaña. Ciudadano del mundo. Amigo». Así reza el epitafio de Heckmair en el cementerio de Oberstdorf, en Bavaria.

La lápida de mi padre es la mera roca de las montañas. Su epitafio, esa frase suya pronunciada desde lo alto del collado, las palabras que mi hermana y yo nos hemos dicho mientras veíamos caer el montoncito de cenizas. Acaso este libro.

De la montaña se puede volver exultante o cabizbajo. Los nuestros siempre fueron regresos victoriosos. Sin épica ninguna, pero siempre felices. En el gesto de mi padre podía verse todavía un poco de ese bienestar que le traía aquella primera visión desde su collado, como si la acción lenitiva de la montaña, de cualquier montaña, se prolongara incluso después de haber regresado a sus relieves habituales. Así dejaba atrás las montañas: satisfecho, alegre. No había razón para que fuese de otra manera.

He aquí otra de esas verdades que él no descubrió y yo sí, otro de los saberes montañeros a los que no llegó y que sin embargo yo voy a atesorar: el de conocer qué se siente al abandonar la montaña derrotado. No por la propia montaña o por el fracaso de una cierta empresa alpinística, que supongo que eso lo experimentaría muchas veces, sino por la vida misma, por el desasosiego, por la frustración. Así dejo

atrás yo ahora estas montañas: vencido y sin oportunidad de reconciliarme con el vacío que representan.

* * *

Heckmair:

«Luego nos despedimos de la montaña, a la cual debemos el haber vivido tan gran aventura».

* * *

¿Estoy despidiéndome yo ahora de la montaña, de una idea de montaña que no puede existir sino en la presencia de mi padre?

* * *

De nuevo en el collado. Ahora todo a mi espalda, la montaña y mi padre.

¿Volveré a este lugar algún día? ¿Haré este mismo recorrido sin llevarle cerca de una u otra forma? ¿De qué servirá? ¿Qué clase de recuerdo traeré entonces a estas montañas y qué nuevo barniz pondrán sobre él?

Como si hubiera olvidado su muerte y estuviera convencido de que camina conmigo, me giro para encontrarlo. Pero mi padre no está, detrás de mí no hay nadie, su rostro ya no existe. Están, sin embargo, las montañas, esas montañas que no espero y que me sorprenden, esas montañas que él

gustaba de ver así, repentinas, y es entonces que las enfrento por primera vez de esa manera que quiso mostrarme tantas veces. Y sí, son hermosas, más hermosas de lo que nunca las he visto, tienen una belleza violenta e impetuosa como él decía, pero nada de ello puede compararse a la mirada de mi padre como la recuerdo en este mismo lugar, a su estampa de vigía enamorado del paisaje.incluso

Me hablan las montañas en la misma lengua en la que él las escuchaba. Pero es solo a través de su voz que soy capaz de comprenderlas.

* * *

No he sabido nunca mirar las montañas. Me ha faltado esa intensidad en el mirar que él sí tenía, la punta de pasión que cambia lo que uno entiende frente a sí. No me importaba, porque estaba seguro de tenerla ante otras verdades, allá donde apuntaban mis inclinaciones, y eso era lo importante: encontrar en la vida algo que saber mirar y de lo que nutrir cada cual sus propios sueños. Ahora me siento aún más torpe interpretando estos paisajes, desenfocados por el recuerdo y el peso que tuvieron en su vida.

Entre las responsabilidades que heredamos está también la de honrar aquello que el otro amaba, continuar su compromiso con una forma de apreciar la vida. Pero qué sé yo de estas montañas, de la vista desde esta altura, si no fui capaz de aprender entonces su significado.

Heredamos el dios ajeno, pero no la liturgia ni los ritos. No la manera de venerarlo ni el protocolo para someterse. No la fe imprescindible, sino solo el nombre de una verdad que no entendemos.

La casa, el recuerdo. Ahora ya definitivamente sin mi padre.

La habitación en la que trabajaba. Su colección de libros de montaña, y entre dos de ellos, clavado, un pioletito de aluminio. Regalo de un compañero que trabajaba como fresador y fabricó aquel obsequio con sus propias manos. Murió hace ya años, lejos de las montañas, en un accidente de coche.

Algunas fotografías en el escritorio. De los perros que tuvimos en otra época y a los que tanto quiso. Un enorme montaña del Pirineo, de nombre Tuca; un perrillo despeinado y mínimo, de pelo anaranjado, al que llamó Góriz; y Arán, un chucho negro de gesto asustado y bondad inmensa. Incluso en esos detalles no perdía la ocasión de dejar una referencia a las montañas.

«Cualquiera que sea el tema de la conversación, un viejo soldado hablará siempre de guerra», escribía Chéjov.

* * *

Mi casa, llena también de sus huellas. Colgado en la habitación, un *collage* de fotos que cubren mi historia, desde la infancia hasta el momento en que me lo regaló hace algunos años, en una época difícil de mi vida. Detrás, invisibles, unas palabras reconfortantes que escribió a modo de dedicatoria.

Entre las fotos de infancia, una en la que salgo trepando por una roca. Es poco más que un pedrusco al que me agarro sin convicción, apenas por encima del suelo. Diría incluso que la fotografía se hizo con la cámara inclinada para magnificar la gesta, porque de haber tenido un mínimo de dificultad o haber requerido algo de arrojo, es probable que yo no estuviera en esa pose tan tranquila.

Pienso en las expectativas que tendría en aquel entonces sobre mi futuro como montañero. Probablemente ninguna. Quizás tan solo esperase que yo supiera disfrutar el aire libre de la manera en que él lo hacía entonces, superados ya sus años de escalador. Quizás le bastara con saber que alcanzaría por uno u otro camino esa especie de madurez alpinística a la que él había llegado, capaz de entregar su tiempo y su vida a otras prioridades pero sin dejar de sentir por la montaña el mismo amor de antes. Supongo que siempre supo que yo no tenía madera de montañero, pero no le importó.

* * *

No conocí la época alpinista de mi padre. No le vi escalar, no hablé de ello con ninguno de sus compañeros de entonces, no sé si era un escalador con talento. Lo que sé es que, desde entonces, mi padre siguió a pesar de todo creciendo en aquel desempeño suyo. Cada día era mejor montañero. Y nunca lo fue tanto como el día de su muerte, muy lejos de sus montañas.

Sin necesidad de ejercitarse en ellas, estas le iban enseñando de manera indirecta, porque bastan el amor y la pasión para desarrollar una disciplina aun cuando uno no es consciente de ello.

Su querer le procuraba una suerte de experiencia, y cada vez comprendía mejor la verdad de las cimas. De la misma manera que yo seguiré conociéndole mejor de ahora en adelante, incluso si ya no está conmigo, incluso si dejo de recordarle.

Mi hija era pequeña, todavía en esa edad en la que uno no es consciente de lo caprichosos que son los idiomas. Le hablábamos a menudo de los Pirineos, la llevábamos con nosotros a hacer algunas excursiones por aquellas montañas, y ella, con su conocimiento aún tierno del idioma, había deducido que si esa cordillera de muchas cumbres se llamaba *los Pirineos*, cada una de ellas era *un pirineo*. «Quiero subir ese pirineo, papá», me decía. «¿Cómo se llama ese pirineo que tiene más nieve?».

Como aquella ocurrencia suya tenía que ver con montañas, se la conté a mi padre.

—Ya te llevaré yo a subir algún *pirineo* cuando seas grande —le decía, y se le veía en la cara una punta de ilusión.

Ahora mi hija ya no se equivoca cuando habla, y hace tiempo que no acuña sus propias palabras. Sabe nombrar los relieves con toda exactitud, conoce los nombres que lo

cuentan en más idiomas de los que mi padre nunca llegó a aprender. Pero ya no tiene un abuelo con el que subir una montaña, una cima, un monte, un pirineo.

* * *

Fui yo, no mi padre, quien llevó a mi hija de nuevo a los Pirineos, aunque no alcanzamos ninguna cima. Miramos desde abajo las paredes y le enseñé los nombres de los picos que yo conocía. Algunos de ellos sé que los escaló mi padre, le recuerdo contándomelo, y sentí el deseo de decírselo para que también ella fuera partícipe de esa parte de la historia familiar. Pero no lo hice. En su lugar, le hablé sin más las montañas e intenté instigar su curiosidad para ver si en esa conversación ella acababa por mencionar a mi padre. No fue así. Preguntaba, se maravillaba de esas alturas, pero aquel escenario no le traía al abuelo a la memoria. Sencillamente, ese binomio no formaba parte de su imaginario.

Me sentí frustrado. Por alguna razón, yo estaba convencido que cualquier ocasión así habría de desembocar en un recuerdo de mi padre, que relacionarlo con toda clase de montañas era un conocimiento innato y no algo que yo debiera enseñarle. ¿Cómo podía ser que mi hija, su nieta, no supiera que la montaña y él eran sinónimos dentro de esta familia?

Se acercó a mí y señaló una pared que le debió llamar más la atención. No era especialmente imponente.

—Papá, ¿tú crees que hay gente que puede subir por esa pared? —me preguntó.

Yo no sabía si mi padre había escalado esa montaña en concreto, pero estaba seguro de que podría haberlo hecho, de que entraba entre sus posibilidades de entonces. Tampoco dije nada, no le hablé de que su propio abuelo habría sido capaz de algo así. Le respondí que sí, que todas las paredes que ve hay alguien capaz de escalarlas, que a todas las cumbres de esas montañas ha llegado ya alguien. Puso cara de asombro.

Ese gesto suyo de sorpresa se llevó mi frustración. En esa admiración entendí un reconocimiento indirecto, sutil, hacia ese lado montañero de mi padre que ella parecía no conocer. Me pareció incluso más hermoso que oírla hablar de él.

Cuando otro día estuvimos frente a alguna de las montañas que sí sé que él subió, se las señalé y le pregunté lo que le parecían, si las veía igual de inaccesibles, y le aseguré que también aquellas había alguien que las había escalado. Ella repitió su cara de sorpresa, como preguntándose quiénes serían esas personas capaces de tal gesta. Yo estuve a punto de llorar.

—¿Te acuerdas de cuando creías que cada una de estas montañas se llamaba *un pirineo*?

Ella sonrió.

* * *

Pirene conoció a Hércules y ambos se amaron, pero él la abandonó para ir a cumplir el décimo de sus doce trabajos: robar el ganado del gigante Gerión. Cuando Gerión supo del robo, buscó venganza y mató a Pirene. Hércules, en recuerdo de ella, comenzó a apilar piedras para construir el más enorme de los mausoleos. Y así fue, cuenta la leyenda, que nacieron esas montañas.

Ojalá, papá, en lugar de este libro yo pudiera con mis manos levantar una montaña en tu memoria.

Un día, heredé las montañas. Me gustaría decírselo así a mi padre, que supiera que he aceptado ser parte de su dinastía.

No se puede legar aquello que no se posee. Eso quiere decir que mi padre fue dueño de las montañas, las hizo suyas, le pertenecieron. Me hace feliz pensarlo.